REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI — San José, Costa Rica **1935** Jueves 12 de Diciembre — Núm. 5

Año XVII — No. 741

SUMARIO

Alberdi precursor

Por SALVADOR DE MADARIAGA

= De *Sur.*, No. 10.—Buenos Aires, Rep. Arg. =



Alberdi en 1879 - 1881

1.—Alberdi ibérico

Loado sea el Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires por haber pensado que el mejor homenaje a Juan Bautista Alberdi en el cincuentenario de su fallecimiento sería la publicación de diez mil ejemplares de una de sus obras. Que los cuerpos públicos, ya sean municipales, políticos o hasta eclesiásticos, emancipándose del lugar común de "mármoles y bronces" que con otras dichas y desdichas heredamos de los Romanos, imaginen un homenaje al espíritu como un nuevo impulso, una nueva onda de difusión dada al impulso inicial, es cosa tan excepcional, precisamente por ser tan natural y lógica, que nadie en el mundo de las letras hispanas tendrá derecho a regatear los plácemes al Concejo de Buenos Aires por haber tenido la originalidad y la audacia de actuar conforme al sentido común en el cincuentenario de Alberdi.

Pero loado sea dos veces porque entre las obras del gran espíritu argentino ha tenido el acierto y la oportunidad, en estas tristes horas, de escoger precisamente los inestimables y, por desgracia, casi desconocidos apuntes sobre **El crimen de la guerra** que hacen de Juan Bautista Alberdi un precursor, quizá uno de los más preclaros, de la evolución humana hacia la paz inteligente y creadora, en último término la misión más honda que a la civilización atlántica le toca cumplir.

Cuando llega a mis manos, en su viril castellano nativo, este texto venerable, recuerdo la ocasión en que por vez primera tropecé con la obra de Alberdi. Era recién terminada la guerra, cuando el azar de mi volandero destino me llevó a servir en la Secretaría General de la Sociedad de Naciones, y lo que ante mis ojos tenía era una edición inglesa de **El crimen de la guerra** publicada en 1913 por la casa Dent, de Londres. Maduradas ya en mi pensamiento, como fruto de la guerra mundial y de mi labor ginebrina, casi todas las ideas que de entonces acá vengo sirviendo, sobre la constitución de la República Universal como única alternativa para la guerra endémica entre las naciones, cuál no sería mi asombro al verlas todas admirablemente discutidas y afirmadas en aquel libro escrito durante la guerra franco-prusiana. A pesar del disfraz impuesto por la lengua extranjera en que a mí llegaban, yo reconocía en aquellas páginas a la vez claras y vibrantes —llama sin humo—, a un espíritu de mi estirpe ibérica, y de aquella primera lectura me quedó como impresión dominante esta del iberismo de Alberdi, hecho de un sentido profético singular, de una admirable intransigencia ante la injusticia y de una absoluta universalidad humana que se niega a reconocer vallas infranqueables ni en la frontera, ni en la raza, ni en la religión.

Pero ahora, leo a Alberdi en castellano. Y ¡qué castellano! ¡Qué sobriedad, qué fuerza, qué relieve de medalla en las fórmulas! El espíritu de Alberdi, tal y como se adivina en los rasgos de su fisionomía, viril y delicado, con esa íntima mezcla de caracteres masculinos y femeninos que se observa en todos los grandes creadores, masculino en su pensamiento y fondo, femenino en su estilo y forma, transparece en estas páginas a las que sólo falta una última mano —esa última mano que al ibérico le es tan difícil dar— para hacerlas del todo inmortales.

Porque estas páginas, tal y como con laudable sinceridad y pulcritud nos las presenta el Concejo bonaerense (hubiéramos deseado, sin embargo, un breve ensayo histórico) no son tanto un estudio acabado como un conjunto de apuntes y elementos para el estudio del tema que llevan por título. Fueron escritas como aportación a un concurso abierto por la **Ligue Internationale et Permanent de la Paix** sobre **El Crimen de la Guerra Denunciado a la Humanidad.** Los manuscritos habían de presentarse lo más tarde el 31 de enero de 1870 y el premio — de cinco mil francos, a recoger por subscripción popular— se otorgaría el 1º de julio de 1870. ¡Qué fechas!, ¡qué fechas! Alberdi escribe sus cuartillas entre el fragor de la artillería europea y todos los apuntes finales se resienten de la impresionabilidad de aquella alma sensible ante la terrible tragedia y la tremenda injusticia que una guerra implica siempre para personas y naciones. Pero además, aquel tema al que los pacifistas de París solicitaban su atención, evoca en él ecos de la patria lejana. ¿No es la guerra civil guerra al fin también? ¿No es para Alberdi toda guerra, aun la más internacional, guerra civil también? ¿No es su tesis que todos los hombres son hermanos y que por lo tanto no hay guerra justa? ¿Cómo le sería posible no intercalar en su argumentación hechos, gentes y argumentos de la historia argentina, en su época tan sumida todavía en algaradas, alzamientos, pronunciamientos, guerras y más guerras?

Así se observa en su libro un primer elemento de desorden mental que procede de la espontaneidad, del fuego a que le obliga la riqueza de sus emociones tópicas: la proximidad física de la guerra franco-prusiana y la intimidad moral, más resonante todavía en las cámaras de su alma, de la guerra civil, endémica todavía en las llanuras del Plata, aportan a estos sus apuntes una tumultuosidad que a veces hace vibrar su inspiración y a veces, si no obscurece, al menos conturba y hace zigzaguear su pensamiento.

De aquí también una de las causas, hay otras, de cierto apasionamiento en sus juicios. No quiero más ejemplo que aquella página en que, por condenar al guerrero en sí, le lleva a hacer de San Martín una semblanza por demás pesimista. "Es dudoso", dice, "que Plutarco hubiera comprendido entre los ilustres modelos al guerrero propuesto a la juventud argentina como un tipo glorioso de imitación". Le reprocha el haberse dejado distraer de su labor libertadora por una especie de ambición miiltar que le indujo a aceptar el gobierno del Perú y a querer "agrandar el país de su mando, por la anexión del Ecuador, que de su parte apetecía Bolívar para componer la República de Colombia". Así explica la esterilidad de la entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, y finalmente la indiferencia para las cosas americanas que ve en el vencedor de Maipú. "Al cabo de diez años (la mitad casi del tiempo que dió al servicio de España), San Martín dejó la América en 1822 y vino a Europa donde vivió bajo el poder de los Borbones, que no pudo destruir en su país, hasta que murió en 1850, emigrado a tres mil leguas de su país". Hasta el hecho de que

dejase a Rosas su espada en su testamento, lo consigna Alberdi como un borrón más en la cuenta de San Martín olvidando—o ignorando—cómo San Martín, que en política interior era sin duda poco dado a exagerar las virtudes de la democracia, centrado ante todo en la idea de la independencia argentina, veía en Rosas al que había sabido sostener enhiesta la bandera de esta independencia frente a Francia, Inglaterra y el Brasil.

Pero se dirá: Y, ¿qué tiene que ver San Martín con el problema escueto planteado por la Liga Internacional de la Paz al que Alberdi ostensiblemente se propone contestar? El reproche que la pregunta implica es fundado. En sus notas, pergeñadas más que construídas, sobre el Crimen de la guerra, nuestro ibérico Alberdi consigna su pensamiento en estado naciente. Brota de sí y lo apunta. Allí sale San Martín a propósito de los males de la guerra civil y echa mano del vencedor de Maipú como pudo haberlo hecho de Gengis Jan.

En este su primer esbozo —porque tiene todo el aspecto de un primer esbozo— Alberdi vuela en amplios círculos en torno a su asunto. Los temas parciales no se suceden en orden lógico y constructivo a la manera francesa, ni en orden estadístico o enumerativo, a la manera inglesa, sino que vuelven y revuelven sobre sí mismos, tornan y retornan a plantearse, repitiéndose, afinándose, ahondándose, a medida que la mirada de Alberdi, como la del cóndor que vuela y revuela sin perder de vista su presa, va distinguiendo mejor los contornos y los obstáculos, las luces y las sombras.

2.—*Vitoria y Alberdi*

Importa recordar aquí, aunque sea redundancia, que mi primer encuentro con las ideas de Alberdi sobre la guerra tuvo lugar a favor de una edición inglesa de su obra. Esto da ya suficiente impresión del ritmo azaroso e inesperado de las vidas ibéricas. No va en ello necesariamente censura para la Universidad española, ya que no soy producto de ella, sino de escuelas francesas científicas y técnicas que para nada tenían por qué preocuparse de las teorías de Alberdi en materia de paz internacional. Pero a fuer de hombre de buena fe aventuro la opinión de que si en vez de haber estudiado matemáticas en la Escuela Politécnica de París, hubiera estudiado derecho en la Universidad Central de Madrid —en la época en que yo era estudiante— tampoco me habría enterado de que Juan Bautista Alberdi había escrito en 1869-70 un libro sobre el Crimen de la Guerra que contiene geniales anticipaciones sobre la evolución del Derecho Internacional.

Los tiempos han cambiado. Hoy, en la Facultad de Derecho de Madrid, se siguen con demasiada atención las cuestiones de derecho internacional y también las ideas americanas para poder afirmar con confianza que no se permitirá ignorar a los estudiantes que a estos asuntos se dediquen, el gran ensayo de Alberdi; y no digo en la de Valladolid, porque mi amigo el Profesor Barcia Trelles es demasiado entusiasta tanto de América como del Derecho de Gentes para no imponer a sus alumnos el conocimiento de Alberdi. Pero si a todo esto aludo es para tener derecho a lamentarme, sin hacerle por ello reproche alguno, de la ignorancia de Alberdi respecto a sus grandes predecesores españoles y en particular, del espíritu director de aquella escuela de canonistas que en el siglo XVI echa las bases de lo que había de aspirar a ser el Derecho de Gentes en nuestro siglo XX: me refiero, claro está, a Francisco de Vitoria.

Sistematizador como todos los nuestros, Alberdi llega incluso a esbozar una explicación racional de lo que en su ignorancia considera como un hecho incontrovertible: la ausencia de maestros creadores del derecho internacional en nuestro países, y así nos dice:

"La Suiza, la Inglaterra, la Alemania, los Estados Unidos, han producido después por la misma razón los autores y los libros más humanos del derecho de gentes moderno; pero los países meridionales, que por su situación geográfica han vivido bajo las tradiciones del derecho romano, han producido grandes guerreros en lugar de grandes libros de derecho internacional..."

"¿Cómo se explica que ni la Francia, ni la España, ni la Italia han producido un autor célebre de derecho de gentes habiendo producido tantos autores y tantos libros loables de derecho civil y privado?"

Así nuestra estirpe, dispersa, distraída para sus propios valores, se niega a sí misma y no alcanza ni a vislumbrar su propio genio creador. Alberdi, en cuya alma late —hasta qué punto lo hemos de ver— el alma pura, ferviente y creadora de Francisco de Vitoria, desconoce al sabio y santo dominico de Salamanca y da a Grocio la palma que a Vitoria corresponde. El párrafo que precede al arriba transcrito parece dedicado a Vitoria pero está hecho pensando en Grocio, a quien por cierto no corresponde: "Ver en las otras naciones otras tantas ramas de la familia humana, era encontrar de un golpe el derecho internacional verdadero. Esto es lo que hizo Grocio, inspirado en el cristianismo y la libertad".

Sería difícil encontrar descripción más feliz y exacta de la posición vitoriana. Vitoria es el único autor de derecho de gentes que se mantiene fiel a este elevadísimo principio —en él, más que principio, artículo de fe— y jamás consiente que la impura realidad venga a ladearle las conclusiones que de tal principio va desprendiendo con inflexible lógica. Quiere además el sarcasmo de la historia que el Maestro de Salamanca afirme así el principio humano y universal en el derecho de gentes con motivo de um tema íntimamente relacionado con la patria de Alberdi: el problema jurídico y de conciencia que plantea el descubrimiento de América. ¿Cómo fundamentar el derecho de los españoles, si es que lo tienen, a hacer en las Indias Occidentales una guerra que en último término ha de ser de conquista? Alberdi, el propio Alberdi, hijo de la conquista, era hijo del crimen o de la ley, según que Vitoria cayera de un lado o de otro en el examen de este problema de conciencia, y según que los españoles que habían conquistado a la tierra en que vino a florecer su patria, se hubieran atenido o no a los principios del sabio de Salamanca. Situación paradójica en verdad. Alberdi, en uno de esos raptos de pasión que habremos de observar en él, fulmina contra **toda** guerra como injusta, y al hacerlo se declara a sí mismo hijo del crimen, porque la conquista, guerra, luego crimen, fué. Ignoraba Alberdi que un gran espíritu español —no menos noble que él, más sesudo y sosegado— había dictado con pulcritud de conciencia ejemplar las normas que justifican la conquista ante la conciencia más exquisita. Ignoraba también que en las **Relecciones** de aquel santo varón y pentrante genio, muchas sino todas las ideas que él se disponía a propagar con ibérica fogosidad, habían recibido su consagración académica y teológica en el siglo XVI.

Pero si, desde el punto de vista de la eficiencia colectiva de nuestra estirpe ibérica en el proceso evolutivo de la raza humana, es muy de lamentar esta ignorancia hasta de la mera existencia de Vitoria que parece haber padecido Alberdi, realza en cambio el mérito creador del pensador argentino así como su prístino iberismo, porque no será ciertamente en Grocio donde habrá encontrado el haz de ideas que brinda al mundo para incitarle a la paz. Estas ideas, parece como que las viéramos nacer. Alberdi vacila ante nosotros; aquí afirma, aquí niega. Si nos mostrase una fase más elaborada de su pensamiento, habría derecho a decir que a veces se contradice. Pero no. Lo que parece contradicción es tentativa, experimento consigo mismo, escrúpulo y quizá con frecuencia, improvisación y espontaneidad intelectual.

Al examinar cada uno de los grandes problemas parciales que plantea el total de la abolición de la guerra, hemos de observar este ritmo, al parecer vacilante, en realidad, experimentador e improvisador, de su pensamiento. Ritmo esencialmente ibérico, que intenta apoderarse de la cosa de un golpe, no siempre certero, y tiene que volver de un gol-

pe a intentar otra conquista integral. Así le veremos abalanzarse una y otra vez sobre el tema que tiene ante su vista mental. Pero cuando acierta, tiene la garra y la visión del águila; vedle desde el primer momento, apoderarse de un zarpazo infalible del propio corazón del problema, y darle la solución grande, la definitiva, la ibérica en fin: en el prospecto mismo de la Liga Internacional, Alberdi escribe estas palabras soberbias:

"La guerra es la justicia que se hace cada uno a falta de una justicia del mundo. La justicia del mundo falta porque el mundo carece de unidad, y no forma todavía un cuerpo de sociedad internacional. Luego el medio de abolir la guera es ayudar a la consolidación del mundo en un Estado de Estados, sociedad de sociedades, nación de naciones, como una especie de entidad común que haga la justicia que hoy se hace cada uno por la guerra."

3.—*¿Hay guerra justa?*

Al aceptar en bloque la voluntaria misión de escribir un tratado sobre "el crimen de la guerra", Alberdi se pronuncia de antemano y juzga sin oír el proceso: la guerra **es** un crimen. ¿Cuáles son sus razones? Sus razones vienen desde luego después y sólo como auxiliares retardatarios de su generosa conclusión **a priori**. Esta situación lógicamente falsa se refleja a cada momento en la dialéctica alberdiana.

"No hay guerra justa", nos proclama impulsivamente. He aquí sus propias palabras: "La palabra **guerra justa** envuelve un contrasentido salvaje; es lo mismo que decir crimen justo, crimen santo, crimen legal. No puede haber guerra justa porque no hay guerra juiciosa. La guera es la pérdida temporal del juicio. Es la enajenación mental, especie de locura o monomanía, más o menos crítica o transitoria. Al menos es un hecho que en estado de guerra, nada hacen los hombres que no sea una locura; nada que no sea malo, feo, indigno del hombre bueno". A través de toda su argumentación, refluye la inspiración cristiana que impone a la vida internacional una ley moral superior. "La moral cristiana es la moral de la civilización actual por excelencia; o al menos no hay moral civilizada que no coincida con ella en su incompatibilidad absoluta con la guerra. El cristianismo como la ley fundamental de la sociedad moderna es la abolición de la guerra, o mejor dicho, su condenación como un crimen".

Hallamos pues aquí la plena coincidencia con su antepasado espiritual Vitoria, cuya obra entera se eleva sobre dos axiomas: ley moral y cristianismo. Pero para Alberdi la incompatibilidad de la guerra con el cristianismo parece más radical y absoluta que para Vitoria. Su oposición a la guerra se funda por lo menos en tres ideas distintas: La primera es la postura del evangelio: "el día que Cristo ha dicho: **presentad la otra mejilla al que os dé una bofetada** — la victoria ha cambiado de naturaleza y de asiento, la gloria humana ha cambiado de principio". Postura integral, idéntica a la de los cristianos primitivos que San Agustín y Santo Tomás, los maestros de Vitoria, vinieron a modificar. La segunda es un horror a la guerra en sí considerada como un asesinato en grande, idea sobre la cual vuelve constantemente y que va expresada con suprema energía en el párrafo arriba citado negando la guerra justa. La tercera es una posición crítica que cierra la puerta a la única salida que hacia la guerra había dejado abierta Vitoria.

¿Cuál es en efecto la tesis vitoriana? Como Alberdi, y con igual claridad y energía, rechaza la gloria, el aumento territorial y la predicación de la fe (hoy diríamos el desarrollo de la civilización) como causas legítimas de guerra; pero, con San Agustín y Santo Tomás, mantiene el derecho a la guerra para vengar una "injuria", es decir, una violación del derecho, caso en el que va incluído el de legítima defensa.

¿Qué dice a esto nuestro fogoso Alberdi? Primero, apunta infaliblemente al nudo del problema, con el que lucharon en vano los canonistas españoles, tanto Vitoria como Suárez. Oigamos su propia voz: "Considerado el **derecho de la guerra** como la justicia penal del **crimen de la guerra;** admitido que la guerra puede ser un derecho como puede ser un crimen, así como el homicidio es un acto de justicia o es un crimen, según que lo ejecuta el **juez** o el **asesino;** ¿cuál es el juez encargado de discernir el caso en que la guerra es un derecho y no un crimen? ¿Quién es ese juez?" Y más adelante, con esa nitidez verbal que le es característica, Alberdi añade: "No basta ser juez para ser justo, ni basta ser soberano, es decir, tener el derecho de castigar, para que el castigo deje de ser un crimen si es injusto".

Hasta aquí, objeción de procedimeinto, insolubre, pero sólo en la práctica de sus días, teórica e históricamente soluble, como el propio Alberdi lo ha de afirmar. Pero todavía queda por consignar su objeción contra la legítima defensa: "La guerra no puede tener más que un fundamento legítimo y es el derecho de defender la propia existencia. En este sentido, el derecho de matar se funda en el derecho de vivir, y sólo en defensa de la vida se puede quitar la vida". Concedido esto, Alberdi pasa en seguida a retirar en la práctica la concesión que en la teoría acaba de hacer: "El derecho de defensa es muy legítimo, sin duda; pero tiene el inconveniente de confundirse con el derecho de ofensa, siendo imposible que el interés propio no crea de buena fe que se defiende cuando en realidad se ofende". Esta objeción en último término, se reduce a la anterior. ¿Quién garantiza la imparcialidad del juez?

Ya Suárez, al reducir, como Vitoria, el derecho de guerra al castigo de una violación de derecho, había señalado que el príncipe que hace la guerra es juez **per accidens** del príncipe a quien se la hace. Y por lo tanto, los canonistas españoles regulan de un modo severísimo tanto el derecho de hacer la guerra como el modo de hacerla, con este criterio que identifica al príncipe que hace guerra justa con el juez de su agresor. Este criterio tenía que ser para ellos eficaz, puesto que postulaban un principio cristiano, dotado de una conciencia estricta y sensible. Aquí se me permitirá una digresión. Vengo sosteniendo la profunda coincidencia de actitud mental y moral entre Vitoria y Alberdi, coincidencia obtenida, no por transmisión intelectual, que hemos visto inexistente, sino por una identidad espiritual espontánea debida al origen común. Se inserta aquí de suyo una prueba elocuente de esta coincidencia espontánea, que encuentro en la excelente monografía dedicada a Vitoria por el Profesor Barcia Trelles. Este estudioso americanista estima que Vitoria es el padre de lo que hoy se llama Derecho Internacional Americano, y estoy de pleno acuerdo con él, con lo cual no se quiere decir que las ideas que al Derecho Internacional Americano distinguen hayan ido a buscarse en las **Relecciones** del Maestro Salmantino, sino algo más profundo, más elocuente y más vivo como es que los juristas americanos, al bucear en su propio ser en busca de las ideas matrices para su Derecho, han ido a dar a la misma fuente de inspiración ibérica que alumbró al Padre Vitoria. Teniendo esto en cuenta, volvamos al juez **per accidens.** Entre las condiciones que Vitoria impone al príncipe victorioso en guerra justa, para que la guerra que nació justa no degenere en crimen, está la de no hacer nada por derecho de conquista. El juez, aunque parte, ha de ser justo. Alberdi nos dice: Es demasiado pedir a la naturaleza humana. Pero hubo un país que supo dar razón a Vitoria contra Alberdi, y fué el propio país de Alberdi. La Argentina, victoriosa del Paraguay, proclamó vitorianamente que la conquista no da derechos y supo atenerse a este admirable principio. ¿Qué mejor ejemplo de coincidencia espiritual y espontánea entre el ibérico de la Salamanca del siglo XVI y los ibéricos de la Buenos Aires del siglo XIX?

Alberdi, no obstante, se inclina a una opinión más pesimista de la naturaleza humana, y quizá, vista la escasez de imitadores que el noble gesto argentino ha tenido hasta ahora, aun en el Continente americano, quizá no le falte razón. Rechaza pues toda posibilidad de que el juez que es parte garantice debidamente la justicia de la guerra. Y entonces, ¿qué queda? Queda el paso que los canonistas no dieron, que dió por vez primera Alberico Gentile y que Alberti da con sin igual gallardía mental. Queda, como él dice en un lenguaje atrevido y tan nuevo como la idea misma que encarna, la sociedad-mundo, el pueblo-mundo, la nación de naciones, la sociedad de sociedades, lo que un día llamé yo en Ginebra la patria de las patrias: **Patria Patriarum.**

(Concluirá en la próxima entrega)

Con Xavier Villaurrutia

(Conversación en un escritorio)

Por ORTEGA

= De *Revista de Revistas*. México, D. F. =

Villaurrutia posee, en el rincón de una oficina, un escritorio. Otros también, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Salvador Novo, Jorge Cuesta. Es un principio gubernativo el dotar a cada empleado de mesa o máquina de escribir, de algo que dé cierta apariencia de actividad. Así que Xavier Villaurrutia dispone de un escritorio amarillo, colocado en tal manera, que todo lo que penetra a la oficina tiene que pasar ante su mirada. Un mirar de debajo de los párpados, medio oculto. ¿No es esta misma la posición que Villaurrutia ha adoptado, con inteligencia, en la joven literatura mexicana? Está viendo, domina siempre las puertas por las que pueden entrar los extraños, los extranjeros. De tal modo que cuando algunos, como yo, abordamos temas para los que carecemos de determinada preparación —porque no somos hombres de letras—, nos sentimos examinados, seguidos por alguien que no perdonará y se regocijará en los errores nuestros, pero que también gozará en los aciertos.

Con José Gorostiza, pero en otro sentido, Villaurrutia es uno de los que mejor dan la sensación de la amistad. Desde luego me imagino que para algunos de nosotros debe ser la suya una amistad condicional, más firme mientras menos errores cometamos. Para otros, mano tendida a través del tiempo y del espacio. Con el pintor Agustín Lazo, en una ciudad extranjera, al encontrarnos ante un hecho, ante una obra superiores —y la coincidencia no era rebuscada—, se nos ocurría pensar inmediatamente en Xavier Villaurrutia, con el que nos hubiese agradado conversar sobre el hecho, la obra, el problema. Así es que su amistad proyectaba, a la distancia, una sombra.

Espíritu sensible, equilibrado, de rara moderación, de sorprendente cultura, Xavier Villaurrutia pertenece a una generación que a algunos les parece condenada a la esterilidad. Porque no piensan que un penetrante sentido autocrítico retiene a esos jóvenes, les impide publicar obras que no respondan completamente a sus exigencias estéticas, espirituales. Nuestra actitud hacia ellos debe ser la de "la vigilante espera", aplicada con más generosidad que en la política internacional. Recordemos que los jóvenes de esa generación, tal vez sin medirla, sino por el oscuro sentimiento de algo necesario, han asumido la tarea de renovar intelectualmente a México. Inmensa tarea. Poco importa que los campos de acción sean diversos, que Samuel Ramos se distancie de Xavier Villaurrutia, que José Gorostiza se aleje— más en apariencia que en la realidad— de Salvador Novo, de Jorge Cuesta, de Bernardo Ortiz de Montellano. Su trabajo— no diré su misión— es el mismo. Dejemos que lo realicen, reunidos o aislados. Oigamos su voz. Llegará el momento, ineludible, de exigirles que presenten el balance de su acción. Entonces habremos algunos que seremos severos, pero justos. Por ahora, ayudémoslos, dentro de nuestras posibilidades, a que realicen su obra.

Decía yo algo del escritorio amarillo de Xavier Villaurrutia. En ese impersonal ambiente de oficina nos reunimos a conversar, sin premeditación. Es decir, esta charla pudo no haberse convertido en entrevista, como sucede, sino simplemente enriquecer mis conocimientos, ampliar mis puntos de vista. Bien dice Bernard Grasset que el escritor, el periodista, toman su **bien** en donde lo encuentran. Como ya esta conversación pasa al público, debo declarar que la mejor parte, la más valiosa, corresponde íntegramente a Villaurrutia. Apenas si a mí me tocó sugerir los temas.



Xavier Villaurrutia

De libros a escritores, de aventuras a viajes, de poemas a ciudades, llegamos a tratar sobre la obra del grupo a que pertenece Villaurrutia, y al que él llamó el "Grupo sin grupo". Y me fué diciendo, con esa manera suya que es suave, pero isinuante, insistente:

—**Yo pienso que la obra del grupo literario** más valioso de México no es, por ahora, el espejo real de México. La suya es más bien una literatura de ejemplo. Literatura del México ideal, no acepta la limitación nacionalista a priori y, en cambio, tiende a la unidad espiritual con el resto del mundo. Este fenómeno que no es privativo de México, puede verse con más claridad en los Estados Unidos, donde los mejores escritores no sólo no representan lo real de los Estados Unidos, sino que están en contradicción o en pugna con la raza de la que han surgido. Anderson, Heminngway, Dreiser, Mencken, Lewis, O'Neil, lo prueban con sus actitudes y con sus obras.

"No es posible —por ahora— juzgar a los poetas y en general a los artistas mexicanos sino como héroes, porque no son la regla sino la excepción. Sin un público cercano y visible a quien dirigirse, su obra aparece aislada estética y moralmente del México real. Individualidades más o menos fuertes, hallan en su aislamiento su debilidad o su fuerza, desde luego su orgullo. No son regionales. No son populares. No quieren ser regionales ni populares. La única manera digna que tienen los artistas de comprender al pueblo es no pretender hacer para el pueblo un arte que será inferior, indudablemente, al que surge del pueblo mismo."

En este punto, Villaurrutia, que fuma cigarrillos americanos, me ofreció uno. Rechazó suavemente uno de los míos. "¿No prefiere uno de éstos?" con el mismo tono con que podría decir: "¿No le parece que Gide es superior a Morand?" Y luego las razones de que la obra del uno sea más profunda y al mismo tiempo más universal y duradera, mientras la del otro no es sino el reflejo de un momento transitorio. Hablamos de Lazo, cuya exposición de dibujos es admirable. Después seguí interrogándolo:

—La explicación es acertada, Xavier. Ahora, háblame de las tendencias, de las influencias...

—La tendencia a hacer una obra universal— la respuesta fué inmediata— ha hecho que los nuevos escritores mexicanos, atentos al pulso del mundo, se abran a corrientes y sufran influencias diversas. De Francia, casi exclusivamente, recibieron influencia nuestros escritores "porfirianos". Los nuevos escritores mexicanos, más universales, más humanos, buscan y encuentran influencias más que en los países en los espíritus.

"Ya sé que a usted le interesa saber algo acerca de la influencia de André Gide en los escritores, nuevos amigos míos, en mí. Desde luego puedo decirle que esta influencia no se refiere a la forma, al estilo; no es de carácter estético, sino de carácter moral. Es la moral de Gide lo que nos interesa, lo que me interesa. Humana, profunda, valiente, ayuda a vivir. Hazte quien eres, decía Nitzsche. Vive como eres, parece decir André Gide.

"Usted sabe que, por lo que se refiere a esa familiaridad con la obra moral de Gide, nosotros no hicimos sino coincidir en el tiempo con los nuevos espíritus del mundo que, del mismo modo que nosotros, encontraron en su obra una incitación a la falta de hipocresía moral. Antes de Gide parecía absurdo hablar de uno mismo, interesarse en uno mismo, mostrarse tal cual es uno."

Como Xavier Villaurrutia, con Salvador Novo y Samuel Ramos, será uno de los historiadores y críticos más capacitados de las generaciones que precedieron a la suya, le pedí que me fijara la situación de la genera-

ción del Ateneo y de la que siguió. Lo hizo brevemente, sagazmente, eliminando toda alusión política:

—¿Qué queda de la generación del Ateneo? Desde luego la muestra de una actitud seria antes las cosas de la cultura. Sus miembros fueron universitarios, profesores. Si no pudieron llegar a ser maestros en la profunda acepción de la palabra, no fué culpa de ellos. Fueron y son hombres cultos y en este sentido y sólo en este sentido son un antecedente de la generación nueva.

"Su poeta, Enrique González Martínez, tuvo tiempo de acabar y de perfilar una obra poética severa, seria, con más ventanas abiertas a los mundos de la conducta que a los de la intuición y a los del placer estrictamente poético, pero interesantísima para las letras mexicanas y americanas. De sus ensayistas —a muchos de los cuales un exceso de rigor autocrítico hizo callar antes de tiempo—Alfonso Reyes es, acaso, el de obra más cuantiosa y de más universal alcance. Torri, Díaz Dufoo, espíritus selectísimos, han producido obra breve y depurada, pero sin ecos, sin renonancias.

"Martín Luis Guzmán, que principió su carrera literaria cultivando el género del "ensayo", ha llegado con el tiempo a ser el novelista de esta generación. La obra de novelista de Martín Luis Guzmán, como la de Mariano Azuela, hombre que por la edad no se instala en esta generación, es una prueba de la actitud de dos espíritus en contradicción con el ambiente en que surgieron y vivieron. Ambos describen—y el artista que describe, opina—escenas de la Revolución Mexicana, con más perfección formal el primero, y acaso con mayor fuerza expresiva el segundo. La obra de ambos ha producido imitaciones rápidas, periodísticas; ninguna influencia profunda".

—¿Y los que siguieron?

—¿Se refiere usted a la llamada generación de 1915, que yo he descrito y considerado siempre como un alcance a la del Ateneo? Algunos de sus miembros se realizaron en otros campos de la vida mexicana: en la política, en la economía, Lombardo Toledano, Gómez Morín, el mismo Bassols. En la literatura y en la poesía, ninguno.

En seguida, le pedí que consagrara unos minutos a la adivinación, peligroso oficio que tanto amaba José Vasconcelos, hasta el punto de escribir ese libro de pronósticos que es "La raza cósmica". A Vasconcelos cómo le complacía predecir no sólo el tiempo sino hasta las muertes antinaturales de sus amigos. En cambio, Villaurrutia, después de sacudir la ceniza de su cigarrillo americano, después de finalizar la sonrisa tras de la que oculta su meditación, me replicó:

—¿Que quiénes quedarán de las obras y escritores actuales? La adivinación no es mi fuerte. Las predicciones literarias como las meteorológicas o como las predicciones en materia económica, preparan, a quien las hace, un lecho de ridículo. La actualidad, en la que se suman pasado y presente y futuro, me atrae, en cambio.

"Si les hablo de mis amigos no es culpa mía. Es culpa de ellos. Y es culpa de ellos porque son inteligentes. Y porque son inteligentes o sensibles o todo ello a la vez, son mis amigos. La inversa no es—a pesar de algunos malévolos — cierta. Un común denominador — el denominador de la cultura, de la honradez artística, de la tendencia a la universalidad — liga la obra de tantos espírtus diversos. El mexicanismo en sordina de Ortiz de Montellano, el virtuosismo de Torres Bodet, el refinamiento, el juego de asociaciones y disociaciones de Gilberto Owen, la fina sensibilidad de los Gorostizas, la disciplina mental y la capacidad de Jorge Cuesta. ¿Y no piensa usted conmigo que Carlos Pellicer es el poeta de obra más considerable, personal e interesante del momento? Su influencia en poetas más jóvenes que él se hace sentir ya. ¿Y no cree usted que en Salvador Novo—poeta lírico, poeta satírico de primer orden—están despiertas las cualidades de un novelista auténtico, actualísimo? La falta de cinismo y el miedo a lo trivial son las dos grandes barreras del novelista—dice Jacques de Lacretelle. Novo no teme ser trivial y goza a menudo en ser cínico..."

En esto del terrible y agradable cinismo de Novo, coincidimos. Quise tratar un tema actual: las relaciones de los escritores y la política. ¿Deben interesarse aquéllos en ésta? Según Villaurrutia, no, si no ésta en aquéllos:

—La madurez dirige al mundo. Sólo que en Europa la madurez es la conservación de la juventud, mientras que en América la madurez es la pérdida de la juventud.

"En México, actualmente, algunos jóvenes auténticos se han lanzado a la política y se han cimentado en ella con buen éxito. Esto es un síntoma espléndido. Pero, ¿la juventud literaria debe interesarse en la política? Creo, más bien, que la política—en la persona de sus hombres representativos—debe interesarse por la juventud literaria. Crear una atmósfera propicia para que los buenos escritores mexicanos realicen su obra, sería una labor política inusitada en México. ¿No lo hacen los países más avanzados? Crear becas, ayudar a la realización de obras de interés general, instituir premios de poesía, de novela y de teatro, sería en México algo tan interesante para el espíritu mexicano como construir presas, abrir caminos y trazar puentes. Ya ve usted que es la política la que debe interesarse en la literatura".

Aquí me correspondía oponerle diversos argumentos, porque en mi opinión es un peligro el que la política se interese en la literatura, pues la desvía de sus primitivas intenciones, le impone condiciones para protegerla. Pero ya Villaurrutia se lanzaba en un camino apasionante: el del problema de una generación. La suya. Lo seguí. ¿No un tiempo estuvieron colocados, se colocaron bajo el signo de Ulises, que es el de la investigación? "Ulises" se llamó una revista que fundaron y dirigieron Salvador Novo y el mismo Xavier Villaurrutia, y en la que—insistió en que se diga esto Villaurrutia— Samuel Ramos sólo fué un colaborador ocasional. Bueno, esto no es sino un incidente que sirve para fijar posiciones, porque todos siguen unidos en la intención y la orientación de su obra. Villaurrutia prosiguió:

—Hubo un tiempo en que los escritores jóvenes nos agrupamos por afinidades conscientes o inconscientes. Fundamos revistas. Escribimos libros que tienen, a veces, cierto aire de familia. Pensamos juntos. Decimos juntos lo que pensamos. Una vez que hayamos dicho todo lo que tenemos que decir juntos, nos separaremos, porque es necesario que así sea, para que cada uno diga lo más suyo, lo más secreto. Esto, ¿sucederá? ¿sucedió ya? ¿está sucediendo? No lo sabemos. Tampoco supimos cómo se hizo el grupo; un día, ya estaba hecho; del mismo modo, un día estará deshecho.

"Pero, aunque algunos no quieran, existimos como generación. Acaso la más lúcida, la más consciente de sus problemas, de sus peligros y de sus limitaciones.

"Qué importa que en torno a las palabras de uno de nosotros se levante un torbellino de inexactitudes, de envidias y de dudas. Existimos a pesar de todo, a pesar de nosotros mismos. Qué importa que alguien pida que pongamos etiquetas de "Made in Mexico" a nuestras obras, si nosotros sabemos que nuestras obras serán mexicanas a pesar de que nuestra voluntad no se lo proponga, o, más bien, gracias a que se lo propone. Qué importa que se hable de regresar a 1917 si nosotros sabemos que en arte como en la vida no se regresa, que el tiempo no perdona. Qué importa que se nos acuse de soñar en Europa, o en Norteamérica, de saber idiomas, de aceptar influencias extranjeras, de no echar raíces en el suelo. Las raíces están presas, son las ramas lo que está libre; se mueven, se desprenden, viajan. "Hoy un hombre digno de ese nombre lleva sensibles en su corazón todas las partes del planeta".

...En este punto cierro esta primera conversación con Xavier Villaurrutia, al que dejé, avizor, en su escritorio. Asomado al patio de un ministerio, como si se inclinara sobre el espectáculo, íntegro, del mundo.

Suma de ocios

Motivos de Lope de Vega

Por GILBERTO OWEN

= De *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1935 =

NOTA AL TITULO:

Nos quedamos de este lado del cuadro —del lado de Rembrandt—oyendo pasmados la lección de anatomía del doctor Nicolás Tulp. Por buenos, por atentos discípulos, no tomamos un sitio merecido dentro de la composición, y al terminar nos hemos ido lentamente, Rembrandt y nosotros, a pintarnos autorretratos, con un leve despecho—¿o ufanos?—de no haber cabido en la Historia.

Hemos llegado a nuestra casa, a mirarnos en nuestros libros, en nuestras aficiones, en un río privado que llamamos espejo que anda y que es apenas nuestra memoria. Nos hemos espiado en sueños, sin atrevernos a respirar siquiera para no despertarnos; y a hurtárselo todo, luego, a nuestra sombra, odiada y más rica que nosotros al alba, a nuestros pies y desposeída de su negra bonanza al gritar las doce de la vida.

Y los apuntes preliminares, los que después no cabrán en el autorretrato, por indecisos e impuros, en lugar de arrojárselos al viento los hemos llamado ocios y se los hemos mostrado, ¡qué secos ya y qué oscuros!, a unos jueces ante los que querríamos disculparnos en versos del que escogió por suicidio huir al Africa:

Oisive jeunesse
à tout asservie,
par delicatesse
j'al perdu ma vie.

Prisión del orden

Salí de Góngora como de una cárcel—siguiendo a Marinello—"con el juramento de vivir en libertad". De esta última palabra no sabía entonces, no voy a saber nunca de seguro, el significado. La suponía viento sin ley que acechaba, al doblar la esquina, para destruirme; pues yo había elegido este cautiverio precisamente como un refugio, al huir de la improvisación y de la facilidad que me repugnaban en ejemplos más cercanos a mí, geográfica y temporalmente; yo nací huyendo del Chocano a voz en cuello, de nuestro paupérrimo y ensordecedor romanticismo americano, de la baratija de nuestro folk-lore, empapado, éste, de las dos cosas que más repugnaban con mi espíritu: las lágrimas y la sangre.

Luego que la prisión me era amable, a pesar de la severidad de su regla. Era grato su jardín de peluquería, cortado y recortado jamás al capricho, siempre de acuerdo con una sabia arquitectura total que yo me esforzaba en aprender puntualmente. Acostumbrado a pasear por la penumbra de sus soledades (¡y cómo la penumbra copia exactamente la inmensidad, alargándolo todo infinito en la distancia, y dejándonoslo todo, sin embargo, al alcance del tacto y la razón!), me desconcertaba que hubiese ojos y oídos tan deslumbrados que encontrasen obscuridad en el cordobés mi carcelero. Me acontecía ante él lo que a mi mejor contemporánea ante Mallarmé: todo en él me era tan claro que "hasta cuando pretendía ser obscuro se veía claramente su intención serlo".

Lo de fuera, desde mi cautiverio, sí que era obscuro, instintivo y de una sensualidad bestial que yo no comprendía. Afuera había tempestades inasibles, y se morían millares y millares de hombres, tan sólo—me parecía—para que el genio popular improvisara corridos, para que las cantaoras de la feria hiciesen sus gorgoritos insensatos y para que los turistas se relamieran, sin comprender tampoco gran cosa: "Oh, este México, ¡qué lleno de color!" Afuera había unas tardes de alegría demasiado sana, estridente, animal. Afuera estaba—¡Dios me guarde!—la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. (Si yo hubiera leído ya entonces a Lenin, qué de acuerdo me habría sentido con su encontrar en la libertad "un prejuicio burgués"; sólo que yo habría dicho "plebeyo").

Encadenado al cielo, a aquel orden especial, me parecía que todos los otros mundos, que todos los otros órdenes, eran el caos.

Mucho después supe algunas otras cosas.

Catálogo de diatribas

Desde mi clausura miraba el mundo de Lope, su latifundio sin mojones, como tierra baja inundada por aguas de rudo origen, "con razón Vega por lo siempre llana". Los cristales de mi postigo tenían demasiada pasión, así la creyera yo pasión por la inteligencia no más, para ser de otra guisa que parciales y deformármelo todo a su ley.

A veces abandonaba los ojos al puro y fácil deslizarse de aquella corriente de Lope, a su manar sin trabas y sin tacha, pero se acercaba a ponérsela, por encima de mi hombro, mi implacable Pantuflo cordobés: "Patos de la aguachirle castellana", me hería su voz sinuosa y fina, y yo me iba corrido a estudiar su manual de cisnes, sin sospechar la muerte entre sus cantos.

La injusticia del cristal no me irritaba por mucho que me lo empequeñeciera todo con sus artes de gemelos al revés; lo cómico de aquel maestro mío de Literatura en el Instituto de Toluca, sordo y zurdo, contribuía a ello, cuando quería infundirme un amor a Lope que él mismo no sentía.

Allá iba Lope, pidiendo que le ensillaran su "potro rucio", y desde mi ventana se le volvía "asno rucio" sin remedio; paseaba él acompasando su más heroico paso al de la musa castellana y se la oíamos "en tiernos, dulces, músicos compases como en pañales niña que gorjea"; las "diecinueve torres del escudo" se las tornábamos torreznos cuando las ponía en la frontera de su Arcadia para "armar de un pavés noble a un pastor rudo", y ¿a quién no le hubiera irritado el vernos colocar a sir Francis Drake y sus bajeles sobre la chimenea, dragón doméstico "creado entre las flores de la Vega más fértil?"

El santoral de sus comedias nos olía a posible chamusquina de la Inquisición, leyéndolo profesión de fe mahometana ("celebren chusmas moras vuestros cantos de cigarras"), y veíamos cómo en aquel mundo se iban a las manos Lot y Lamec por la paternidad de Ylec, y les echábamos encima a Joab, Jafet, Jacob y el rey Acab.

Y nos metíamos también con sus parientes de la carne; para decirle yerno de especiero le recordábamos dos hortalizas que habían sido esposas de David, en nuestra ortografía Micol y Nabau, y no olvidábamos a los hijos Vicente y sor Marcela, el Hernandico el galgo y Sebastiana la mona ella, que no llevaba el nombre del padre en su fe de bautismo.

¿Y Marta de Nevares? Pues volvíamos de revés el nombre del diablo que la amaba, y el "pelo de esta Marta es".

Luego la cuenta de sus lectores: cien rapaces para el romance "Sale la estrella de Venus"; tres monjas para "La Angélica"; un ciego para los "Soliloquios"; un idiota para "La Filomena". Ah y el bobo Vinorre de Sevilla que no sólo leía la Arcadia, sino que gustaba además de la Dragontea.

Empecé un diccionario de lo que no se debe hacer; antes de llegar a la "B" desfallecí. Entonces ocupé mis ocios en un catálogo de exorcismos—¿o de venenos?—para ensayarlo contra aquel diablo de la fecundidad. Eran, entre otros:—Insolente poeta tagarote. Danos gatazos Lope con su ciencia. El terenciano Lope que... sobre zuecos de cómica poesía se calza espuelas. Boca de Pipote. A este Lopico lo-pico. Es tu cómica persona sobre los manteles mona y entre las sábanas marta. Embutiste, Lopillo. Necio Zote. Después que Apolo tus coplones vido. Señora Lopa—No está, yo lo fío, en la Vega Garcilaso. Descienden sobre vos las piedras de Valsaín. Melindres son de lechuza que lo umbroso poco vuelve. Etcétera.

Qué hipócritamente nos reprochábamos: "Haces mal en condenar invencibles ignorancias". Nos regocijaba condenarlas, buscarle cuatro gazapos a Lope (que no se preocupaba de ello, después de todo), para poder aconsejarle: "Vuelva a su oficio y al rocín alado en el teatro sáquele los reznos".

Rompí mis cadenas

No fué en Lope donde primero hallé la libertad. Anduve encontrándola y perdiéndola a cada paso, en cada libro, paisaje, sueño. Aprendí, antes que en Gide en todas partes, que "cada libertad es provisional y no consiste sino en elegir la propia esclavitud o al menos la propia devoción".

Fué hacia 1927, cuando se acercaba el centenario de mi cárcel y pretendía un regreso a ella, hijo pródigo siempre fracasado, que me encontré con Lope y me detuve a descansar, afuera, en lo que tanto había condenado desde adentro. Imperceptiblemente fué ganándome la contrición. Pronto abjuré, no de mi amor a Góngora, sino de mi ligereza ante lo más ancho que ese amor.

Existía aún, para conturbarme y abismarme, lo desmesurado, lo infinito de la parcela del Fénix. Todavía, viejo prejuicio gongorino, lo que mi vista y mi razón no sujetaban, me irritaba. Yo quería mis dioses comprendidos, y quería poder echármelos a la espalda cuando ardiera Troya, y acariciarlos en la noche, cuando perdidas las llamas del incendio sólo pudiera verlos con cada poro de mis dedos y de mi deseo.

Luego aprendí, al fin, el orden de la libertad, la manera de medir el infinito, suponiéndole lo que es: una sucesión de órdenes, de mundos, cada uno definido y limitado con precisión, como para elegir en él el huerto o la celda más de nuestro agrado. Todo cabía en el mundo de Lope, hasta la cárcel culterana a la que yo quería regresar. Así debía de ser, así había visto yo que era el mundo, así la poesía: todos los órdenes y todo uno y lo

mismo. La libertad es una sucesión de cárceles.

Yo no creo que se me tache metafísica esto que sólo es autobiografía; sería injusto para los filósofos y para mí. Para explicarme al lector ante Lope de Vega sólo tengo mi propia experiencia. I am being my own rabbit because I find no other specimen so convenient for dissection, como le acontece al señor Wells. Estoy tratando solamente de explicar cómo he venido a amar a un poeta difícil de ser amado en su totalidad, o sea aprendido o siquiera leído totalmente. (¿Que escribió 1440 comedias? Os desafío a que me lo demostréis). Estoy tratando de explicar cómo, poco a poco, desistiendo de lo que al principio no podía caber en mi razón, he ido pasando por sus círculos y eligiendo en ellos mis moradas. Pero enumerarlas ya hay que dejarlo para otro ocio. Y ya sé, ya sé, que ante esta prosa alguien va a decirme:—Pero si usted no ha salido de Góngora.

El orfeón de Palmares

Por EMILIA PRIETO

= Colaboración. Costa Rica y noviembre del 35. =

Cuando ya nos fatiga esa cosa horrible que es el radio, lograr oír un grupo de voces auténticas, directas, sin aparatos que medien, es algo que tiene casi el valor de una recompensa. Oír cantar este orfeón organizado en Palmares por el maestro Mora, dirigido y sustentado por su esfuerzo y el entusiasmo de los que lo integran, viene a ser un regalo insospechado que se le hace a nuestra esperanza.

En las lunetas de adelante del Teatro Nacional se agrupan unos cuantos muchachos. Las niñas de traje blanco y cuello con listas rojas. Los hombres vestidos de negro. Van a cantar el Ave María de Owen a tres voces y al llegar al escenario se reparten en pequeños conjuntos. Los muchachos atrás. Adelante un grupo de sopranos, otro de tiples y hacia la derecha se juntan siete muchachitas de media corta, tal vez sea de diez años la mayor. Esto nos llama mucho la atención desde el principio. Para quien ha oído en las escuelas los coros infantiles en el salón de canto, mientras transcurren las lecciones en su rigor disciplinario, la presencia de un grupo de niñas pequeñas entre un coro numeroso de cantantes adultos nos hace sospechar que en la dirección de todo esto se ha puesto cuidadosa atención y conocimiento. Blancas llama a esas voces ingenuas la técnica con diferencia, pero más propiamente podrían llamarse celestiales.

Cantan. El dejo general es melancólico. Se alzan armonías de voces naturales, sin virtuosismo, bien entonadas, vigorosas, y en el ánimo hay para ellas un lugar que ya había preparado nuestro deseo.

Vinieron a cantar de un lugar muy lejano. Son todos muchachos formados en el campo y este conjunto da ese tono espontáneo que se oye cuando a la orilla de los ríos las mujeres dicen con un suave dejo romántico la pueril historia del amor triste mientras lavan la ropa golpeándola en las piedras, o el airecillo chocarrero del hombre que con una guitarra olvida tarareando canciones las fatigas del día.

Entre el conjunto de hondas tonalidades de armonium que dan las voces viriles el diáfano acento de las niñas suena como un golpear de cristales. A las muchachas se les escapa algún sencillo movimiento de estudiante como llevar el compás con la mano, y todos vienen a ser en resumen jóvenes de ánimo bien dispuesto que en lugar de cantar aisladamente se han juntado para hacerlo con más estudio y menos rusticidad. Dan una nota franca, cautivadora.

La Virgiliana de Lisímaco Chavarría, que es el número siguiente, parece que nos redimiera de esa música declamatoria con que se acompañan en cine y parece también que reivindicara lo nuestro, la razón histórica de lo que nos gusta y el sentido racial de las pocas cosas que hemos ido produciendo.

El Maestro Mora inició este coro con un pequeño grupo de seis cantantes. Se fué reforzando luego para las fiestas religiosas que se celebran en los pueblos y ahora con sus cuarenta coristas constituye el único caso de orfeón de esas proporciones que haya en Costa Rica.

Le oímos elogiar mucho el esfuerzo y la perseverancia de sus muchachos. El, por su parte, trabajando sobre la riqueza virgen de ese entusiasmo, dándole forma musical y armoniosa al material lírico de unas cuantas voces humanas, nos ha revelado que es posible hacer cantar a este pueblo nuestro tan triste, que no ríe ni baila, y hacerlo olvidar cantando el pequeño problema estúpido de todos los días.

Paso a un huésped

Por MARIANO PICON-SALAS

= De *Registro de Huéspedes*. Novelas chilenas. Editorial Nacimento. Santiago de Chile. 1934 =

(y 2. *Véase la entrega pasada*)

Emplea el Dr. Moller gruesas ironías de alemán. Tiene el aspecto sólido de un hombre que ha carecido de toda complicación sentimental. Sigue a Eulalia, seria y militarmente, como un perro bull-dog. Y no puede ocultar cierta satisfacción de tener un enfermo de los países cálidos. Ya le aburren las pulmonías y pleuresías neoyorquinas, las neurastenias de los hombres de negocios o las enfermedades de la vesícula biliar por el abuso del whisky que ocupan el más alto porcentaje de sus estadísticas. Hay enfermedades que sólo se encuentran remontando el curso de los grandes ríos ecuatoriales, del Niger o del Orinoco, que constituyen dentro de la Medicina tan precisa, una como comarca legendaria. Un médico francés, Bhilarz, aisló el gusanillo que produce la llamada hematuria de Egipto: enfermedad de pantanos y grandes ríos y tropicales bosques, pero ocurre rara vez que el enfermo pueda salir con sus intestinos que ya se le perforan, hasta las ciudades civilizadas. Y ahora el Dr. Moller estaba ante mi extraño amigo, como ante uno de esos casos que sólo se observan una vez en la vida.

La palidez de mi amigo; el sobresalto de los ojos, la fiebre, eran sintomáticos, pero no comprendía el Dr. Moller su ánimo de broma y conversación, la presencia de aquella botella de buen ron jamaicano que encontró en su pieza, con indicios de haber sido bebida.

—Es que en el Trópico, en nuestro campamento cauchero, no había mejor remedio que el ron —dijo mi amigo.

—Y no olvide Ud., doctor, que a nosotros, los tropicales, nos defiende la fuerza nerviosa. Adiestramos los nervios como un veneno sutil, intenso, como el curare de los indios. Las más grandes campañas de Bolívar las realizó en sus más terribles crisis palúdicas. Si Ud., doctor, pudiera comprender la historia de esos países, yo le contaría lo que en la vida de Bolívar se llama la "visión de Casacoima". Una noche que temblaba de fiebre palúdica, tendido en una hamaca, junto al río Orinoco. Estaba desbandado su ejército. Los españoles habían recuperado el país. Al lado de Bolívar estaban tres o cuatro hombres como él, pálidos, con tercianas, en mangas de camisa. Y fué la Luna grande, la luna que se levantaba sobre las palmas moriches—tendría que explicarle doctor qué son las palmas moriches—lo que tornó elocuente a Bolívar. Se puso a describir futuras campañas: atravesar los llanos en la estación de invierno, subir las cordilleras de la Nueva Granada; a Bogotá, donde estaba el Virrey; a Pasto, junto a los grandes volcanes ecuatoriales; a Quito, a Lima, donde estaba el otro Virrey. Todos se compadecían del delirio de Bolívar. —Nuestro General está loco. Pero año y medio después ya lo había realizado. El genio de Bolívar, sin duda, pero también el ímpetu nervioso que se exacerba en aquellos climas.

—Puede ser, puede ser —concedía el Dr.

Moller. —Aunque los tratados de Patología no hablan nada de eso.

Pero el propio Dr. Moller recomendó a mi amigo el pabellón de enfermedades tropicales del Hospital John Hopkins.

—El único sitio en Nueva York donde pudieran tratarlo con alguna eficacia.

Lo llevamos esa misma tarde. Junto a Eulalia, mi amigo, como movido por la tropical y extraña fuerza nerviosa, recobraba su antigua actitud de agrado. Olvidaba su enfermedad. Apenas para mirarla eran más brillantes y negros sus ojos de hematúrico. Y la muerte, la cercana muerte, era para él una como forma de galantería o de dandismo.

—Cuando yo me muera, Eulalia, no olvide comprar para mí un ramo de claveles rojos. Es la única flor que puede venir de sus manos. Entre todas las flores es la más viva y la más cálida, la única capaz de concretar el amor.

Bajo la atmósfera fría de Nueva York, parecíamos oler —como en inquieta reminiscencia— los claveles del trópico.

Dejé a Eulalia y a mi amigo, a las puertas del Hospital John Hopkins. Eulalia quería vestir del calor y la gracia y la diligencia de sus manos, ese orden inerte, esa terrible frialdad clínica, de las piezas y los lechos del hospital. Médicos y enfermeros miraban a Eulalia. Pero los ojos de mi amigo la defendían como afilados cuchillos de posesión. Acaso aquella tarde, mi amigo y Eulalia, se besaron.

Yo regresé al boarding, en uno de esos agobiados subways del atardecer. Sobre la ciudad, empezaba a nevar.

Asistimos a la transformación de Eulalia. Ya no sube la escalera del boarding haciendo repicar sus zapatos de deportista. Viste de melancolía, que es el más adecuado traje de invierno. No la podría invitar— como en el verano pasado— a estar conmigo, desenfadada y cordial, en Atlantic City. A pesar de sus años en Nueva York; la perfección fonética con que habla el inglés, la maravilla moderna de su cuerpo, lo bien adaptada que parecía a este ambiente, ha descubierto en el fondo de sí misma un paisaje romántico, un ancestral paisaje de pasión, como el de mi amigo.

Mi amigo continúa en el hospital. Estas enfermedades de los trópicos suelen tener un desarrollo demasiado largo. Eulalia vuelve del hospital ya anochecido. Hay un sombrío Nueva York, que es el de las distantes estaciones de subways las noches de invierno, el de las altas calles de ladrillo envueltas en una niebla negra, el de tantos rostros fatigados que pueblan el ferrocarril subterráneo al salir del diurno trabajo; y que es el mismo Nueva York que ahora Eulalia nos presenta, mientras tomamos la sopa de avena que ofrece Mrs. Cepeda.

—¿Eulalia, quieres ir al cine?

—No —contesta Eulalia. Y sólo sale de sus monosílabos para hablarme de mi amigo: la temperatura que tuvo hoy, lo que dijo, la opinión del Dr. Moller.

—¿Sabes —le digo una noche— que tú estás enamorada de él?

—Es que es el único hombre interesante que he conocido. El único que tomó el amor como tragedia, y conserva ante lo femenino, la terrible, la envolvente oposición masculina. Para la gente de este país, y para ti mismo, que te has yanquizado tanto, el amor es una diversión apenas más azarosa que las de Coney Island.

—Entonces, Eulalia, si yo hubiera sido diferente contigo en Atlantic City...

—Te hubiera odiado al principio porque violentabas mi libertad yanqui, de que yo estaba tan orgullosa. Ahora que el amor, para nosotras, las mujeres, es ante todo dominación.

—Confieso mi error, Eulalia. Y ahora sólo me permitirás tener —porque es lo elegante,— celos de nuestro amigo.

Pero reconocía que él me derrotaba en el juego, cuando al siguiente día acompañé a Eulalia al hospital y pusimos sobre la mesilla, junto a la cama de nuestro amigo, un ramo de flores.

El ya con ese derecho de sus ojos dilatados por la fiebre, de su pálida mano nerviosa por cuyas venillas corría la desatada telegrafía de la pasión, tomó la cabeza de Eulalia.

Y era la mano diestra del amador, del que entre las formas cambiantes del mundo pudo modelar esa materia indócil del amor.

Eulalia —nuestra Amazona— estaba enteramente sumisa.

Hay también en el inmenso Nueva York un convento de sacerdotes jesuítas. Mrs. Cepeda, que a pesar de sus anteojos de carey y de sus trajes rayados de sufragista, siente renacer de pronto la tétrica y vieja religión española, nos dió la dirección de ese convento, el mismo día que se precisaron ya en mi amigo las congeladas flores de la tuberculosis.

No es precisamente porque se crea o no se crea en la religión, pero hallamos en mi amigo un deseo de confidencia y una como alusión a olvidadas cosas religiosas de su infancia, que la propia Eulalia le preguntó si deseaba la visita de un cura.

—Me educaron en la creencia del pecado mortal; fuí un niño asustadizo como todos los de nuestra raza, y quizás oyendo al Cura me acuerde de las palabras de mi madre. Hay oraciones católicas de ampuloso lenguaje en que se trata a Dios en segunda persona, que me traen el recuerdo de los caserones de provincia las noches de lluvia, cuando se quemaba palma bendita, y un verdadero coro trágico de mujeres y servidumbre conjuraba las irritadas potencias celestiales. Esto es para mí no un problema de la inteligencia, sino de la imaginación. Es como si en esta pieza de hospital se encendiera de pronto una luz de bengala, más mágica y más verde que las usuales luces de bengala, en que estuvieran fosforeciendo con el nocturno color del recuerdo, las escenas de mi pasado.

Y un auto nos llevó a Eulalia y a mí, hasta el convento de jesuitas españoles.

Oímos allá de nuevo las ásperas consonantes de nuestro idioma; y como los jesuítas —los pájaros negros— tienen hombres para todo, no les faltaba el personaje flexible y moderado que nosotros necesitábamos. Un Maestro de Novicios especializado en Teología Moral que ha jugado con las pasiones de los hombres, se ha planteado enrevesados casos de conciencia, ha hecho combinaciones de pecados mortales, solazándose en ellos con la pericia de un novelista psicológico.

Dentro del auto el Padre Jesuíta parece un verdadero hombre de mundo. Presiente nuestra reacción adversa y prefiere hablar con cierta elegancia calculada y opaca de este duro invierno neoyorquino, de la guerra europea y del Presidente Wilson.

—Quizás —pienso yo— lo que le falta al Presidente Wilson es el método de San Ignacio.

Ya estamos en el Hospital; y sin ningún comentario, con la misma indiferencia profesional de los médicos, el Padre Jsuíta entra a conversar con nuestro amigo.

Largo diálogo a puerta cerrada en que se oye de pronto —protesta, discusión— el suelto calderón de una sílaba.

Con su aplomo escéptico, tendiéndonos una mano cuidada, el Jesuita vuelve a aparecer después de un rato.

—Su amigo —nos dice— ha quedado más tranquilo.

Se ajusta sus gruesos guantes de invierno. (San Ignacio no llevaba guantes). Lo acompañamos hasta el parque del hospital y le abrimos la portezuela del auto.

—Cuando se les ofrezca— nos dice el Jesuita, empleando el común cumplimeinto español.

—No, padre Jesuita: no permita San Ig-

nacio que otra vez te necesitemos, nos quedamos pensando.

Una mañana nuestro amigo Carlos nos llamó (no he dicho todavía que nuestro amigo se llama Carlos, para instruirnos sobre su cuenta en el Banco con la que deberíamos cancelar sus últimos gastos, sobre el destino que daríamos a sus objetos de uso personal y sobre un cablegrama que anunciaría su muerte a los parientes de un lejano pueblo de los Andes ecuatoriales.

—Han de pensar Uds. que hace más de diez años que falto de mi casa, y debo ser para mi madre y mis hermanos como el hijo pródigo. Pero en aquellos pueblos tan mediterráneos y escondidos, es todavía muy solemne la muerte. Y se hablará de mí muchos días en las espaciosas salas llenas de retratos que son las salas de provincia. Me llorará mi madre, y los hermanos pensarán que los evito un futuro pleito al partirse la hacienda familiar. —Eulalia, a Ud. le ruego que escriba a mi madre.

Una inyección calmante tenía a mi amigo aquella mañana, extraordinariamente lúcido. En silencio, y ante tales recomendaciones, Eulalia se puso a llorar. Conduje a Eulalia hasta los corredores del hospital para que mi amigo no lo advirtiera, y torné a la pieza a fin de tratar de esos asuntos en que sólo se entienden los hombres.

Carlos —ahora lo puedo llamar Carlos— me extendió un legajo de papeles. Había tenido la postrera elegancia de pedir su cuenta en el Hospital, como quien se retira de un Hotel. Y con su talonario de cheques del Banco, me rogó que sacara el saldo.

Como él estaba tan preciso, no pude sino decirle que aun le sobraba bastante dinero. Aquello parecía su final preocupación; y como el hombre de negocios que toma el tren de vacaciones, después de pagar todas sus letras y asegurarse de sus apoderados, empezó a dormir al amor de la inyección calmante.

El día, entre tantos días de niebla, había amanecido esmerilado de sol y de nieve reciente. Eulalia recordó que en un día como ese debía comprar un nuevo sombrero. Mientras mi amigo estaba enfermo, los modistos neoyorquinos lanzaron una nueva creación. Llamábanlos los sombreros del Armisticio. A la luz de esta mañana clara parecía renacer la conciencia frívola de Eulalia. Y a pesar de sus lágrimas, como en los más alegres días, nos paseamos hasta la hora de almorzar por las grandes Avenidas.

Este domingo de diciembre, próximo ya al Christmas yanqui, tan diferente de nuestra perfumada y callejera pascua del sur, mi amigo se entretuvo firmando con la estilográfica y en temblorosa rúbrica, muchas de esas tarjetas con campanitas y cascabeles dorados; con el retrato del buen viejo jorobado y de calzas rojas de la Navidad nórdica, que Eulalia le escribiera para la distante parentela. Como todos los que van a morir sentía el llamado de la familia, de la familia que olvidara tantas veces; y es bello recibir una de esas tarjetas que nos desean felices pascuas y año nuevo y en una frase extranjera incomprensible, en un exótico sello de correo, suelen traernos una plumilla de friolenta melancolía. Nos dió entonces los nombres de sus parientes, de sus hermanas casadas, de sus sobrinos, nombres que aprovecharíamos después, cuando al morir nuestro amigo, nos encargamos de sus asuntos, y prácticamente le servimos de albaceas.

Quiso fumar un cigarrillo y no podía ya contradecírsele. Al inclinarse en la cama para que nosotros lo encendiéramos, notóse las uñas largas y pidió a Eulalia que aplicara sobre ellas sus piadosas tijeritas y su ciencia de manicure.

Nada podía placerle más a Eulalia que esta actividad que se sitúa entre la ternura de la madre y el celo de la amante. Opté por dejarlos solos.

Después, como si el volandero sol que se había apostado en la ventana le comunicara cierto optimismo, quiso entrenar uno de aquellos pijamas comprados en los grandes almacenes de Wanamaker. Contaban, en verdad, entre la más elegante ropa de caballero que se fabrica en el mundo. Así podía adquirir ante Eulalia una seguridad en sí mismo, la confianza viril que disminuye la enfermedad. Si sentía estar enfermo, era sobre todo por el tono maternal que tomaba forzosamente el cariño de Eulalia. Cuando lo conocí, me dijo que sólo concebía el amor de manera trágica. Y ahora estaba vencido y desarmado como un niño.

Este acto tan simple de cambiarse ropa, logró galvanizarlo algunos minutos. Y sobre su tema: la muerte, quiso divagar como un jugador que finge indiferencia ante su derrota. A la muerte que es la antítesis y negación de toda elegancia, sólo podía oponer palabras, palabras paradojales, agarradas todavía a la vida, flotando en un arrecife de disimulo como las boyas balanceantes de un naufragio. Aquello era triste, me dolía. Me molestaban algunas palabras suyas que pretendían ser irónicas. Mi instinto vital necesitaba defenderse. Había no se qué aire pesado en la habitación. Decidí salir; requería yo en ese momento las caricias de una muchacha o un vaso de espumosa cerveza.

Anochecía, cuando con mayor angustia, volví al Hospital. No hallé la muchacha con quien hubiera resbalado como por una esplanada dorada y tibia, en esa tarde de domingo neoyorquino. Reconozco en el desasosiego de mi instinto, en esa terrible actitud defensiva con que uno reacciona ante la muerte, la larga galería ensimismada en su silencio clínico. Olor de drogas, claro alineamiento de las salas del Hospital. Enfermeros embutidos en sus delanteles blancos, como fantasmas. Pasos que se pierden en la perspectiva simétrica de un corredor, sobre un suelo que pareec anestesiado. De pronto un grito, devuelto como un eco, al través de la galería. La pregunta de una nurse, de una telefonista: ¿Dónde han gritado? Pero es también un timbre de alarma que viene de la pieza número 100 y enciende sobre el tablero eléctrico su cárdena bombilla. La técnica vence a la vida y a la muerte, en un hospital de Nueva York.

Salen como lanzados de la habitación y ya medrosos, en busca de compañía, los brazos de Eulalia. Un muerto es un muerto.

Como una burla cruel, mi amigo viste para ese acto tan serio el frívolo pijama que estrenara esta mañana. Mi amigo quería morir sin patetismo.

—Al fallecer Ud. en un hospital de Nueva York, pertenece a la Ciencia o a la Estadística. Los reglamentos no consienten los clamorosos velorios de nuestras costumbres criollas. Hombres uniformados se llevan el cadáver. Sólo queda de uno un nombre en una tarjeta, una cifra, un ticket para reclamar el cuerpo al día siguiente, cuando se cumplieron todos los trámites.

No había más que hacer y regresamos al boarding con Eulalia.

Como un visitante cansado de su viaje por mar y cordilleras, debía llegar la noticia a aquel pueblo de los Andes ecuatoriales. Reconoció la plaza con su estatua del prócer nativo, el acacio de flores rojas, la pila, la casa de la ventana azul. Varían poco estos pueblos de los Andes ecuatoriales.

La noticia andaba bajo su sobre de papel coloreado, en las manos de un muchacho. Es diciembre: mes en que los Andes ecuatoriales producen duraznos. El muchacho recorre las calles: algunas empedradas, otras de tierra apisonada, con solares y huertos que derraman hacia afuera la cascada florida de sus ramas. El muchacho tarda en llegar hasta la vieja casa medio rural:—portalón ancho para que entren las cabalgaduras que vienen del campo—que es la casa de los parientes de Carlos. El muchacho ignora la noticia que conduce en su sobre coloreado, y va silbando. Estos silbidos mañaneros de los muchachos, en las calles simétricas, con tapiales de barro, de las provincias.

Ya tocó en el pesado portalón. Le recibieron el telegrama; se oye el cascado llanto de

una viejita, y acude una sirvienta a cerrar las ventanas. En provincia, cuando alguien muere, todo se cierra. Sólo se puede hablar de la muerte en grandes piezas obscuras, frías y medrosas como subterráneos. La noticia estaba escrita en inglés y era muy breve: "Charles, dead". El verbo inglés los paralogizó, hasta que el hermano mayor explicó que significaba: muerto.

Eulalia y yo habíamos puesto el telegrama el día anterior, en el edificio de "All America Cables". Había en ese tiempo como corona del edificio y de su poderío, un globo terráqueo, que en las noches neoyorquinas se iluminaba de luces rojas y azules. El azul de los mares, el rojo de los continentes. El nombre de la empresa ciñe como una banda el Ecuador: **All America Cables.**

Entramos por una puerta de bronce. En el hall del edificio reina un paisaje geográfico de mapas, de tarifas y de diagramas. Un hombre busca en un libro el sitio y la latitud exacta, y nos cobra cinco dólares.

Es un día neoyorquino, como todos los días. Salimos. Eulalia todavía llora un poco, pero las calles de la gran metrópoli siempre ofrecen al paseante movidas y heteróclitas impresiones. No se puede sostener en las calles de Nueva York una actitud atribulada. El ser humano en estas calles es solamente el ser que transita; imposible llorar o pensar, porque se contravendrían las leyes del tránsito.

—Vienen para el mundo otros tiempos. Eulalia. En la ciudad futura ya no tendremos nombres, porque tendremos números.

Disponemos de una tarde para ordenar los objetos dejados por mi amigo. Abrimos aquel espacioso baúl con que llegó al boarding. Y entre muchas prendas modernas que ni siquiera él usó —corbatas, camisas y pañuelos— salta de pronto un retrato femenino con la presencia anacrónica de 1905. Es de ese tiempo en que las mujeres eran como apasionadas Magdalenas de largo cabello ondeante, y colocaban sobre el ceñido busto una flor natural. Es la mujer en estado nativo; la mujer naturaleza, pura pasión, sin economía ni deporte, la verdadera mujer trágica. Ese retrato explica la historia de mi amigo.

Eulalia —mujer de hoy— no tiene celos retrospectivos. Y como si aquel retrato fuera una pieza de museo, guárdalo en un sobre y le pone un rótulo de clasificación. Hemos cumplido con nuestro amigo; y volverán a engarzarse los días y las semanas contradictorias, en el boarding de Mrs. Cepeda.

Del homenaje costarricense al Sr. don Luis Quer y Boule, ex-Ministro de España en Costa Rica

= *Envío de los autores.* Costa Rica, 15 de setiembre de 1935 =

LA PARTIDA DE DON LUIS QUER Y BOULE

A don Rogelio Sotela
de quien tan amigo soy,
y poeta que en mí tiene
fervoroso admirador.

Es usted un fiel intérprete
del sentir de esta nación;
de este pueblo que hoy levanta
un verdadero clamor
que dice con hondo ruego
al caballero español,
a don Luis de Quer y Boule,
que no nos deje, que no
se aleje de nuestras playas
para ir de la gloria en pos.
A la voz que usted le envía
uno yo también mi voz:
que se quede en este suelo,
bajo nuestro ardiente sol,
cobijado por el mismo
del cielo hermoso jirón
que a nuestra patria querida
naturaleza le dió.
Que se quede en esta tierra,
de nuestro afecto al calor;
en nuestra paz, que es el signo
de cordial, fraterna unión;
en nuestros campos floridos,
presente hermoso de Dios;
ante montañas altivas,
símbolo de nuestro honor;
entre ríos que abundancia
nos brindan, precioso don.
Es verdad que en otras tierras
el caballero español
tendrá para su mirada
mucho más grande esplendor,
y para su claro espíritu
más causas de elevación;
teatros, palacios, templos,
de incalculable valor,
cuanto el hombre en su infinita
ansia de bien levantó,
en admirables emporios
de la civilización.
En esas tierras propicias
para el Arte triunfador,
hallará solaz, recreo,



Luis Quer y Boule

y luz, y gloria, y cuanto hoy
tal vez eche aquí de menos;
mas no ha de hallar nunca, no,
la amistad sincera y franca
y tan acendrado amor,
como el que esta patria rinde,
con tanta causa y razón,
por gentil y generoso,
al caballero español.
Ausente, puede estar cierto
de que eterno aquí dejó
firme altar a su memoria
y a su nombre bendición.

N. Quesada S.

EPISTOLA AL EXCMO. SR. MINISTRO DE ESPAÑA

Señor Don Luis Quer y Boule,
hombre de adarga y lanzón,
a Vos vamos caballeros
a pediros gran favor.

El pueblo de Costa Rica
que conoce vuestro don
y sabe de vuestro esfuerzo
en tantas cosas de pro,
no qiuere que os lleven lejos,
no quiere que os lleven, no!
que entre las gentes de España
ninguna fué como Vos.

Por Vos toda cosa vive
con nobleza y con honor;
por Vos sigue siendo España
la madre que nos amó;
bajo nuestro cielo puro
luce a la par su pendón
y se enlazan sus colores
en el nuestro, tricolor!

Vos fuísteis, señor, el brazo
que en esta huerta cavó
un acendrado cariño
por la ibérica Nación.
Vos fuísteis, Don Luis, el alma
que en esta Patria animó
el acercamiento hispano
y la hispana comprensión.

Hoy que os llaman a otros lares
y que vemos con dolor
que os arrancan de este suelo
que vuestro amor cultivó;
hoy que os reclama el servicio
de vuestra Iberia, señor,
nosotros os suplicamos
y os pedimos gran favor:

Que queráis hacer renuncia
de tan señalado honor,
y viváis acá, en la tierra
que tanto cariño os dió
y donde Vos habéis visto
cómo, en cada corazón,
hay un Himno para España
y un aplauso para Vos!

Decidle a vuestro Mandante,
decidle en nombre de Nos,
que no queremos os lleven,
que a Vos obligamos hoy
a vivir entre nosotros
y que recuerde, si no,
la sentencia de los siglos:
La Voz del Pueblo es de Dios!

Y a Don Luis besa las manos
este humilde servidor,

Rogelio SOTELA

MUCHA MUSICA Y NADA DE OPERA

Ariel, arielismo y arielistas

Por JOSE PIJOAN

= De *El Sol*. Madrid =

Según cuenta Shakespeare, el duque Prospero en su isla recibía visitas de un genio alado, puro, inmaterial, que se llamaba Ariel. Reconfortaba a Prospero con cantos desde las nubes. Prospero además mantenía tratos con un monstruo, todavía de forma humana, que se arrastraba penosamente, llamado Calibán. Este pesado, impuro y material Calibán trataba de hacer daño; pero Prospero conseguía a veces que trabajara según sus planes. En cambio, el puro, alado y etéreo Ariel no hacía más que cantar; inspiraba a Prospero en sus horas de desaliento.

Hasta aquí, nada de malo, y así deja Shakespeare la historia de Prospero. Pero Ariel hizo discípulos, los arielistas, que dejaron su lugar en el éter y quisieron ayudar a Próspero como ministros, profesores, críticos y escritores. Desde entonces, Prospero y nosotros sufrimos de arielistas y del arielismo. Los arielistas no tienen de común con su maestro Ariel más que dicen cosas finas y elevadas, cuando Próspero necesita cosas tangibles y soluciones prácticas. Su elevación, rayana en imprecisión, va acompañada siempre con indecisión. Tienen más miedo a errar que deseo de acertar, y dudando entre dos cosas buenas, caen en la mala. El arielismo no es exclusivo de España; abundan también los arielistas en América y en otros países de Europa; pero aquí su intervención es trágica, porque son lo mejor de la República; lo demás, es casi todo Calibán.

Estremece oír a un ministro puro, honrado, hasta medianamente enterado, hablar como un arielista. A una propuesta concreta, a una necesidad urgente, que exige remedio inmediato, el arielista se manifiesta con frases de noble elevación... ; pero sin resolver el conflicto con inmediata solución.

El arielista no es exactamente un orador. A menudo hace declaraciones de humanidad y habla en tono mesurado, apagado, sin el fuego poético de su maestro Ariel. Pero siempre se expresa como si sus discursos fueran para ser oídos por Platón y Aristóteles, y los temas que discute como político, profesor o escritor, tuvieran que resolverse en otro planeta. En religión y en metafísica, el arielista declara que "todo es uno y lo mismo". En moral, que todo depende del "nivel" en que el pecador se coloque. La justicia para él es "inmanente": si un obrero o una obrera en Madrid cobran sólo dos pesetas al día, es abuso que tiene que corregir Calibán.

Hemos dicho que el arielista por lo regular es puro, alado, de irreprochable honradez. Acepta cargos públicos y acumula sueldos, porque no cree que esto sea incompatibe con su elevación moral. Calibán le considera tonto, y en ocasiones debe de ser el arielista tonto y algo más. No se concibe, por ejemplo, que un arielista aceptara, sin ser más que tonto, un cargo como el de ministro de Estado, sin saber otra geografía que la de las nubes ni otra historia contemporánea que la que aprendió en Rousseau y en Condorcet. Pero con gran resignación, como un sacrificio, se agarra a la cartera...



Maternidad

Por *Alberto*

Tonto y más que tonto ha de ser el arielista que enseña física discurriendo medio curso de la diferencia entre cuerpo y materia, o aquel que explica pedagogía sin pasar del "Filósofo autodidáctico" de Aben Tofail, o deplorando al final del curso de no haber podido llegar más que hasta Pestalozzi. Prospero escucha sus lecciones asombrado; quiere saber cómo debe de ser una escuela, cuántos grados ha de tener, qué enseñanzas son compatibles con una cierta edad, qué materias deben de ir asociadas en un mismo curso.

Prospero quisiera saber lo que hay que hacer en casos de niños anormales, en casos de niños retardados o precoces; en problemas de gentes bilingües, como los vascos, catalanes y gallegos; el régimen de escuelas donde acuden niños de diferentes medios sociales y aun de razas diversas. Pero el profesor arielista dirá que todo esto son detalles; incumbencia de Calibán. Su "ritornello", su cúralotodo, será: escuelas, muchas escuelas, miles de escuelas, escuelas por arriba, por debajo; pero que las haga Calibán. Si Prospero pregunta si los libros de texto deben de ser publicados o intervenidos por el Estado, el arielista contestará con el "disco" de la libertad de cátedra, del derecho del profesorado a decir sandeces, añadiendo para justificarse alguna alusión al "santuario de la conciencia", a la "chispita divina", que no puede faltar en el profesor de Instituto, "sacerdote" más que educador.

Si el arielista es diputado a Cortes, allí está como el pez en el agua. Hará pocos discursos, pero de gran elevación. Sobre todo, si no hay que tratar de temas concretos; el arielista se ahoga con sólo ver estadísticas o columnas de presupuesto. Su fuerte es hacer Constituciones; mejor dicho, comentar con citas de Séneca y Gracián el "eterno español", vaya a pie o en ferrocarril. El arielista tiene únicamente odio a los técnicos. Detesta la idea de que a su lado pueda haber uno que sepa algo preciso, con números y de carácter práctico. El técnino es el único enemigo del arielismo. Prospero —el pueblo—, con el hambre, desorientación y desesperación, está hipnotizado por los arielistas. Recibirá la muerte contento, si llega al son de la "música de las esferas" con que acompañan sus discursos los discípulos de Ariel.

Hasta aquí hemos mencionado las virtudes del arielista: es puro, es tonto, es genial. Tiene también defectos. No participa en negocios sucios; pero tampoco los corrige. No prepara momios para lucrar; pero tampoco atiende a los asuntos que se le confían: firma media docena de papeles en medio año de ser ministro; no va a clase más que una vez por semana, porque un día de elevación vale más que seis de vulgaridad, y no asiste al Congreso más que cuando habla él. Lo peor del arielismo es que ha hecho poderoso a Calibán. El monstruo rastrero, corrompido y maligno ha comprendido que su hora ha llegado; tiene que hacer lo que el arielista no supo hacer. Calibán lo hará y saldrá algo raro; será una vergüenza; pero casi vienen deseos de gritar :"¡Viva Calibán!"

Otra vez con el fatídico monstruo de tanto dólar

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración*. Costa Rica y noviembre de 1935 =

Hay un ecuatoriano que sigue en su país la expansión de la United Fruit Cº y desde que este fatídico monstruo clavó allá la zarpa nos escribe para que seamos sus informadores. Sabe que aquí nació esa Compañía y la conocemos por todos sus aspectos. Bastantes datos hemos sabido darle y queremos hoy comentar para él uno que habrá de volver más vigilante a todo ecuatoriano que vea en la United Fruit Cº al más eficaz instrumento de dominio imperialista. Apenas tiene un año de haberse posesionado de la tierra del Ecuador y ya da sus frutos de miserable vasallaje. Viola las leyes del trabajo, estima a su antojo los racimos que el productor le entrega y silencia, como aquí, la prensa para que no se la combata.

Es poco todavía. En cuanto a procedimientos infames no tiene límites la United Fruit Cº. ¿Qué hace ahora en Costa Rica para mantener en cierta casta infeliz la idea de ser ella la única que puede encontrar afuera mercados para la fruta que produzcamos? Acude a cuanta maniobra indigna esté a su alcance para matar al competidor nacional que sin medios económicos apreciables, sin contar nada más que con los números hechos alrededor de cada racimo de banano que logre poner en los mercados californianos, va levantando una empresa seria y de responsabilidad. Esto no lo sabe el ecuatoriano y debemos referírselo para su experiencia.

La United Fruit Cº ha metido en la conciencia de ciertos hombres de Costa Rica la insensatez de que sólo ella por su poder económico y por su organización de años está en condiciones de explotar la industria bananera. Esos hombres son los defensores más encarnizados que ha tenido la bananera siempre que ha necesitado obtener nuevo contrato para seguir en la explotación inicua de nuestras tierras. ¿Qué sería de Costa Rica, dicen esos medrosos, si la United nos abandona? Y la United a su vez ha crecido de esa miserable superstición y cada vez que se la combate con los escasos recursos que un país como el nuestro tiene para combatir a monstruo de tanto dólar, amenaza con irse. Morirá para siempre, dicen, la industria bananera el día que la United, enojada por los obstáculos que solemos ponerle, levante el vuelo de aquí. Y la habilidad grande de la bananera ha consistido en que sus defensores extiendan la superstición de sus capacidades únicas. La esclavitud en que vivimos por causa de la United la debemos a esta propaganda de perversa ignorancia.

La superstición está amenazada y no por un inmenso poder al cual tema la United Frpuit Cº. Dos nacionales conocedores de los mercados extranjeros iniciaron la compra de bananos en aquellas zonas que la misma Compañía estimuló en momentos en que



Mujer de Livingston (Guatemala)
Envío de *H. Lepidus*

le urgía preparar la renovación de sus contratos con la extensión de los mismos a la región del Pacífico. El estímulo se transformó en inmensos cultivos de bananos que la Compañía estuvo recibiendo hasta el instante en que ya le fué indiferente contar con el apoyo o con la hostilidad de los productores. Obtuvo los contratos tal y como los deseó. E inmediatamente cesaron las compras de fruta en esas zonas. Los productores no dejaron de apiñar en los recibidores grandes cantidades de racimos. La Compañía los rechazaba y cuando alguno de ellos salía de su timidez y osaba preguntar por qué ese rechazo la Compañía daba como respuesta que no tenía para fruta de esa mala calidad mercado en los Estados Unidos. Razón contra la cual el desgraciado productor nada podía argumentar. El monopolio que ejerce la United Fuit Cº es atroz y ocasiona abusos tan inicuos. ¿Quién ayuda al productor así tratado a investigar en el exterior si efectivamente su fruta es de mala calidad y no hay compradores para ella? La legislación hecha al gusto de la United no podrá nunca contener previsiones de esa naturaleza. Y el productor soportó la ruina y la patada de la bananera.

Y aquí la lección que señalamos al ecuatoriano a quien damos estos informes comentados. Los empresarios nacionales conocedores de los mercados californianos compraron el banano de esas zonas arruinadas por el imperio de la United Fruit Cº. Lo compraron e hicieron levantarse una industria rica. Exportaron toda la fruta que la United Fruit Cº, catalogó en su desprecio como fruta sin mercado exterior. Y lo que es más revelador todavía, obtuvieron buenos precios y compradores seguros.

La superstición de que la United Fruit Cº es la única capaz de dar a la industria bananera auge y prosperidad empezó a acabarse. Por nuestro mar Pacífico—único libre al comercio en Costa Rica—han salido millares de racimos de bananos de todo número de manos, los mismos racimos arrojados inicuamente por la United Fruit Cº como producción despreciable y sin comprador yanqui. Elocuente lección para los hombres de Costa Rica que quieran entender que es en el predominio de esa Compañía en donde está nuestra desgracia. Y para la de estar de turiferarios de la United Fruit Cº cerrándole el camino a quienes no han hecho otra obra que toda oposición y anhelo de frenar la voracidad del monstruo, castigo merecido. ¿Castigo? Quien sabe. Pero la United Fruit Cº no ha de dejar morir la superstición. Todavía le queda por acaparar el Ferrocarril al Pacífico y su complemento, el muelle. Tiene que justificar que esas obras nacionales han de parar en poder de ella como único medio de que la industria bananera del Pacífico prospere y dé a Costa Rica oro a montones. Entonces empieza su movimiento envolvente contra la competencia osada que la perturba. Vuelve amenazante el látigo contra los productores a quienes tenía arruinados con el rechazo de la fruta, y en nombre de unos contratos celebrados con ellos y que ella no supo cumplir, les exige violentamente la entrega de las cosechas. Ahora dice que ya pudo encontrar mercados en los Estados Unidos para esa fruta y que seguirá comprándosela, no para abrir en alta mar las compuertas de los barcos y arrojarla como basura para que no abarrote el mercado y baje los precios, sino para venderla como buena mercancía.

Vea el ecuatoriano la maniobra y sepa lo que en su país hará la United Fruit Cº más adelante. Pero vea este otro hecho de valor grande. En las costas de nuestro mar Pacífico existe un cabotaje nacional que ha progresado precisamente porque se ha mantenido libre del tutelaje de compañías estilo United Fruit Cº. Ese cabotaje comunica cada embarcadero sin estar sujeto a que esta o aquella compañía le dé rumbo. Pues en estos momentos la fatídica United Frpit Cº inicia el control de ese cabotaje. Necesita controlarlo para matarlo porque mientras esté libre, de él se sirven los que estén en ánimo de acabar con la superstición de la imprescindibilidad de la United Fruit Cº en la industria bana-

nera de Costa Rica. Los empresarios que sobre los despojos de una zona levantan de nuevo esa industria han ido a comprar banano a la zona del Pacífico. Y la United que no había comprado hasta ahora, ni le importaba el productor de allá contrató todo el cabotaje para que el competidor osado no pudiera traer cosecha. De esta vez el Gobierno puso a disposición de los empresarios la única embarcación de que dispone en ese cabotaje y con esto ha dado muestras de que la United no pudo convencerlo de la maldad de los competidores.

Medite el ecuatoriano que tiene en su país recién metida la estaca horrible de la United Fruit Cº. Y meditemos también nosotros. Más que a nadie es a nosotros a quienes interesa que esos hechos tremendos no pasen sin que nos demos cuenta de su trascendencia. Si la maldad de ciertas gentes ha hecho que las compañías como la United Fruit Cº, se apoderen de una industria tan productiva como la bananera con el pretexto de que el costarricense es incapaz de esas empresas, el deber ahora es enterarnos de que sí somos capaces de hacer lo que la United Fruit Cº hace. Otra sería nuestra situación económica si con visión a tiempo hubieran parado la marcha voraz de la United Fruit Cc.

Y reflexionemos vivamente en el suceso del cabotaje. Acordémonos de lo que el imperialismo yanqui, de quien es instrumento o ejecutor la United Fruit Cº, hizo con el cabotaje de Puerto Rico. A la Antilla llegó el monstruo naviero y mató su cabotaje para hacer el monopolio inicuo y dominador y hacer pagar al puertorriqueño los fletes más altos del mundo. Cuando la United logre meter dentro de su domniió absorbente y excluyente el pequeño cabotaje nacional que une poblaciones costeras de nuestro mar Pacífico tendremos con sus mismas consecuencias funestas el suceso de Puerto Rico. Y así definitipamente alejada toda posibilidad de que la industria bananera del Pacífico se libre de un monopolio implacable.

Comentamos para el ecuatoriano que nos pide seamos sus informadores, pero esos hechos son también para nuestra meditación.

A Juanita Valladares,

esta balada de las siete luces para que Israel Paniagua Prado se la recite a la manera de Chocano

= Envío del autor. León de Nicaragua =

Juanita Valladares, en mitad del camino,
siete y siete catorce, del verso alejandrino.

Juanita Valladares, emistiquio de flores,
para una media vuelta de encantados amores.

Era una luz de soles buitres y tiburones
y era una niña reina de muchos corazones.

Era una luz de lunas románticas de ensueño
y era una niña libre, sin temor y sin dueño.

Era una luz de tardes puras, arrodilladas,
y era una niña noble, de gracias apartadas.

Era una luz de estrellas doradas en el mar
y era una niña blanca, de blancura lunar.

Era una luz de piedras preciosas en la fuente
y era una niña rubia como Bella Durmiente.

Era una luz de ardillas y juegos, mañanera
y era una niña toda llena de primavera.

Era una luz de espigas para clásicos y
una bíblica niña rival de Noemí.

Juanita Valladares, en mitad del camino,
siete y siete catorce, del verso alejandrino.

Juanita Valladares, emistiquio de flores,
para una media vuelta de encantados amores.

Prbo. A. H. Pallais

En Brujas de Flandes, a los ocho días del mes de julio de mil novecientos treinta y cinco

Prosas de Alberto

= Alberto, Alberto Sanchez, Alberto el del Escorial, que de los tres nombres se llama. Tuvimos el gusto de conocerlo en el Instituto de El Escorial, donde es Profesor de Dibujo =

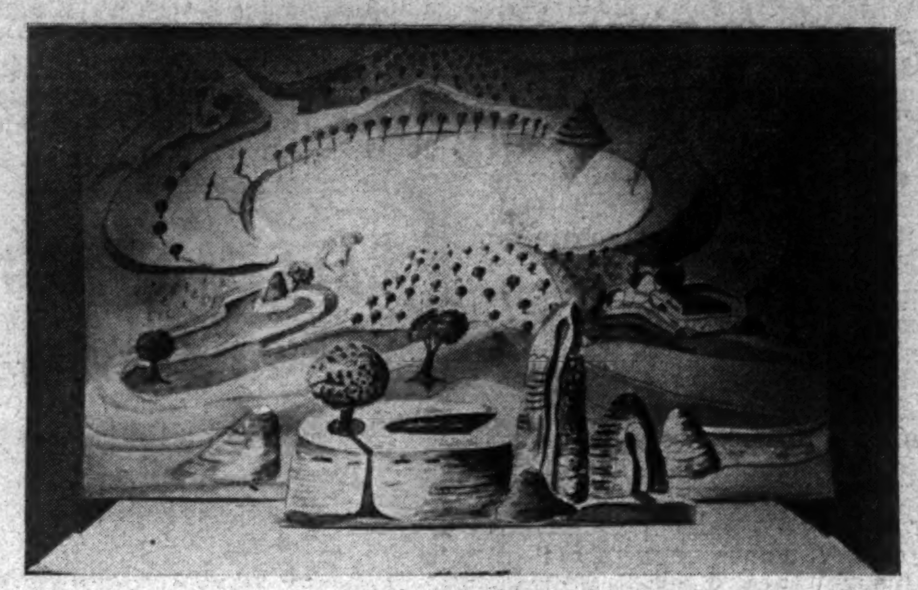
LOS ARTISTAS ARTISTICOS

La naturaleza, se presenta a la inteligencia de los seres humanos, con sencillez; esta sencillez se hace inadaptable a todos los hombres revueltos y retuertos en cerebro. El retuerto en inteligencia hace en seguida un mundo artificial, porque este es vago y vicioso, aquí el sueño se convierte en una pesadilla de artificios, surgiendo de éstos el artista. El artista artístico huye siempre de los mundos naturales, porque éste se ofrece ante él con sencillez, pero esto es justo, y lo justo de justicia, es moralidad. La moralidad en el hombre es disciplina, inteligencia, trabajo para crear.

El trabajador creador, vive fresco y con sangre en el corazón, inteligencia en la cabeza, para no caer en un monstruo individualista, esclavo de sí mismo, y de la degeneración humana.

El artista, el clasicista, el estilista, el modernista y el retórico, forman una familia de lisiados histórico-barrocos, con una guirnalda y por bandera un lazo que llevan prendido en el corazón y en su centro una perfumada flor rechupeteada en todos los vicios.

Decidme: ¿Cuándo la naturaleza es estilo, y el árbol decorativo, y la montaña moder-



Paisaje manchego Por Alberto

nista y los ríos clasicistas y un astro es retórico? NO, no hay que tener esperanza en salvar nuestro espíritu cultivando un arte que está orinado y goteado hasta formar ríos de fango, por dioses y faraones, por tantos emperadores y reyes, tantos príncipes y princesas, papas, cardenales, duques, marqueses, generales y las prostitutas de todos estos señores, tantos bodegones de zampones ilustres, tantos santos con posturas clásicas de princesa alicachondocaída y tantas vírgenes concebidas y realizadas por artistas rabiando en celos, tantos cristos clavados y requeteclavados, con el pellejo arrancado tira a tira, retorcidos y sangrados, endemoniados de antropofagia artística.

¿Qué origen tiene el estilo? El estilo se produce de un robo, no a la naturaleza —que esto tendría justificación— sino a un hombre trabajador y creador. ¿En qué forma? En las raspaduras, en las astillas que el creador ha ido, dejando por los caminos hasta concretar su ideal.

El ideal convertido en forma clara por el hombre, no es robable, lo que se necesita es inteligencia para seguirle y superarle, pero el individuo, al sentirse vago en la creación por carencia de ideal espiritual en la lucha, recurre al **arte-oficio** y con él hace una trampa, nunca una idea creadora. Más claro: un hombre observa, estudia y crea una forma única; al ser única es un ideal; el artista, al no dar la superación ideal se hace un lío y un lío es una cosa muy revuelta; el artista, al tirar sus puntas se lo enreda en la cabeza, al desenredarlo, tira como un tramposo y se le forman nudos; estos nudos llegan a ser tantos que se le clavan como granos malignos en toda su alma, y estos granos en el alma de los artistas originan el nacimiento de las artísticas artes decorativas.

BARBECHO

Quiero hacer arte sobre un barbecho, igual al ser humano que no tenga cultura ni sentimentalismo de ninguna clase; que sea entero y noble, material en bruto para sembrar y recoger ideas grandes; un barbecho endurecido que me sirva de experimentación, sembrado en él cuando esté a punto, con su espíritu y abstracción en sus mundos únicos.

Cuando el barbecho está a punto de ser sembrado, hay que intervenir con inteligencia, según el material a sembrar, escogiendo el tiempo que más convenga a él y a la simiente, trazando y labrando los surcos según las ideas que siembran, y nunca trabajar de capricho, dejando intervenir al tiempo en el mismo día que se labra, y una vez puesto en el trabajo no acordarse del pasado para nada. Si después de labrado y madurado con el tiempo la cosecha es trigo, la espiga será el ideal, creando con ella las distintas formas de panes; el pan, completamente terminado, es una creación de sentido constructivo, con su ley integral, y forma determinada por el sitio donde se vive y como se vive. En la forma interviene la intuición sensitiva de sus constructores; ni al hombre sabio ni al labrador inteligente ni al torpe se les ha ocurrido hacer con la espiga de trigo, ladrillos, sillas, tetas o caderas de mujer, para contemplarse y recrearse. Este sentido común en la Naturaleza es el que no ha tenido el arte histórico, por lo cual, entre otras cosas, no me interesa.

Quiero un arte que me haga vivir en espíritu, sin miedo, ni religión, ni estética ni vanidades; un arte que no tenga interés por lo que hace y sí por lo que busca y quiere encontrar; que no sea bello, bonito ni feo; ni extraordinario, majestuoso, señorial ni popular; ni destacable ni sexual. Quisiera un arte que no se pareciera al arte, y sí al aire y a las cosas que son, están y no ve nadie. Arte que se convierta en signos y por ellos tenga la vida completa; que se introduzca en nosotros espontánea y claramente con toda la vida que pueda tener el tiempo, dejando escapar al alma con los sentidos en busca del espacio, teniendo un punto para ver mi distancia.

PLASTICA

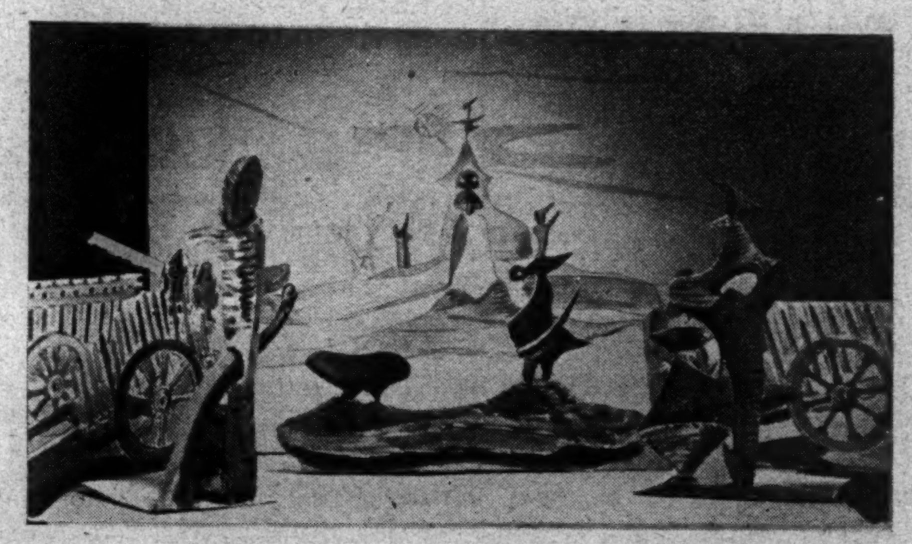
Plasticidad, palabra que lleva eco y se nos coló en todos los sitios. Tan extendida está esta palabra que no se encuentra por parte alguna. Hermosa palabra que a muchos talentos nos libra de serios atolladores. Pero la plástica toma por momento caracteres de verdadera ferocidad. Todos hemos dado en el truco. Si un político filósofo habla en un parlamento o conferencia y dice cosas para que no le entienda nadie, que para él sería lo de menos, él se indignará por que la gente no haya entendido el contenido plástico de sus bellas y rítmicas palabras. Y no digamos si la parra la cogen los músicos, pintores y escultores; éstos son capaces de usarla hasta para enterrar a su madre. Sin embargo tengo un gran desconsuelo, y es, que los matemáticos y astrónomos no hayan acogido en su santo seno la causa de la plasticidad. Habría que ver al astrónomo con un puntero en la mano, desviando en anillo de Saturno para darse el gusto de verle nueva postura. Y no digamos al gran matemático después de haber resuelto satisfactoriamente un problema la tomara con el 4 por no parecerle bien de estética y le cambiara de sitio. Porque se puede pecar de todo, menos de plasticidad.

ES Y SERA

Quiero cielo abierto y la Naturaleza despejada en aquellos que ansían cuando la tormenta que agobia al hombre es la espera continua. Y el que jugando con la propia vida no ve que cien años es solamente un día. Maldigo de aquellos que creyéndose en tierra limpia sólo están entre abrojos y en el barro que se pisa, por aquellos que a un punto fijo caminan.

Torpe es el hombre que del barro pisado quiere el entierro de su propia vida. Amor escogido es algo que en el mundo no existe. Sólo los cobardes se forjan tales mitos. Amor es y será siempre la vida. Ay de aquellos que de esto se burlen!, la Naturaleza es justa y no tuerce a capricho. Ella se vengará dejando impotente al hombre más puro y valiente.

Cuando veo a la juventud caminar al ritmo del tiempo, me dan ganas de gritar: no pierdas el tiempo que el amor es, y será siempre, lo que templa y da valor a los hombres.



La ermita Por Alberto



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La creación del estudiante

Por B. SANIN CANO

— De *El Tiempo*. Bogotá, octubre del 35 —



Guardar la línea

Madera de *Emilia Prieto*

Entre las variadas y abundantes observaciones a que ha dado lugar el tema de la reforma universitaria en estos últimos días, no he tropezado con ninguna que se refiera a la actividad de los estudiantes una vez que haya sido fundada, reformada o restablecida esa imprescindible base de la nacionalidad colombiana. Es doloroso decirlo, pero la república ha vivido algunos lustros sin poseer lo que se llama Universidad en otras comarcas. Es posible que haya habido facultades inconexas, algunas de ellas muy bien servidas, y no me atrevería a afirmar que no hayan salido de tales facultades médicos certeros en sus diagnósticos y afortunados en sus curaciones, abogados de honda y acertada visión jurídica y aún ingenieros de sólida información en su ramo. Pero ni las facultades ni los estudiantes bien logrados, ni las dos cosas juntas, forman la Universidad digna de ese nombre.

La universidad es primero que todo un clima espiritual, en el cual se ha desarrollado un ambiente histórico, y ha venido a existir una tradición científica en el sentido de método y disciplina. Bonn Heidelberg, Oxford, la Sorbona, Boloña y en nuestros días Columbia y La Plata, han logrado crear en sus aulas y en las regiones donde se asientan aquel estado de espíritu a que le deben su origen y su fama de mayor o menor duración.

El objeto de la universidad no es únicamente el de suplir con personas idóneas las diferentes carreras o profesiones, sino crear un ambiente de estudio, una zona de exploración intelectual en la cual no basta enseñar determinadas cosas o equipar la inteligencia de los jóvenes con nociones más o menos discutibles. El ambiente universitario se distingue o debe distinguirse por un anhelo continuo de superación y de mejoramiento. Solamente en Bogotá se ha visto que durante cincuenta años un profesor se satisfaga con las doctrinas o con la falta de doctrina de un texto cualquiera y haga de su contenido la dieta espiritual exclusiva de los estudiantes.

Las ideas o lo que se llama verdades adquiridas en ciencia o en filosofía, no son la materia de que viven las universidades. El ambiente científico de las universidades modernas crea un espíritu de destrucción. Se investiga de continuo, no para conservar a todo trance verdades adquiridas, sino para bombardearlas por todas partes y ver de qué lado es débil o insostenible su estructura. Las universidades no les tienen ningún afecto a las verdades, cualquiera que sea su origen o categoría; mientras mayor sea el número de verdades reemplazadas o destruidas, más satisfechos se encuentran aquellos institutos y mayor es su popularidad. Su principal razón de existencia es el estudio, la investigación

Paréceme haber leído en un diario la pregunta de un avisado y conspicuo profesor acerca de lo que pudiera hacerse con una para su gentil opinión exorbitante suma destinada a la universidad colombiana. Yo hubiera contestado: "Cuando se les haya pagado bien a los profesores para que no tengan que pensar en ganarse la vida por otros medios, dedíquese lo restante a investigar. Frente a los diversos aspectos de nuestra existencia hay muchas cosas no estudiadas todavía y a las cuales no se acercará sino muy tarde para nosotros la ciencia extranjera?

Creo que la inexistencia de la universidad colombiana durante varios lustros, ha acabado con los estudiantes, y de otro lado noto que en el acervo de juiciosas opiniones y atrevidas conjeturas acerca de la reorganización o creación de la universidad, se ha hecho caso omiso de un problema fundamental y por su naturaleza obsediante. Este problema es la invención o descubrimiento del estudiante. No se puede concebir universidad sin estudiantes, aunque puede haber estudiantes sin universidad. Mi humilde opinión es que en Colombia, en estos momentos, es preciso formar los estudiantes universitarios, es decir, personas de cierta preparación que se sientan dispuestos a investigar en ciertos ramos en compañía de un cierto número de personas desinteresadas, llamadas profesores.

El deseo de ilustrarse para seguir una profesión, y la voluntad de ejercer esta profesión para obtener riquezas, una posición social y en lo posible dignidades políticas, es muy loable, pero casi todo el mundo está invadido por él. El deseo de aprender para hacer avanzar la ciencia, destruyendo verdades transitorias y reemplazándolas por otras del mismo carácter, es de menos frecuente ocurrencia y me parece que es tal aspiración la que debe servirles de base al estudiantado y a la universidad.

En mi tiempo estudiábamos por estudiar. Se nos había encaminado confusamente, porque entonces, como hoy, la vida de los profesores era muy precaria. Pero recibíamos nuestro título y seguíamos estudiando con una avaricia de nociones comparable a la codicia de los usureros. Para nosotros estudiar era un fin. Hoy apenas es un medio para estudiantes y profesores. Sin duda estábamos equivocados; pero la vida fue compasiva con nosotros y por sobre mil dificultades los hombres de aquella época cumplieron su destino dignamente. Mendoza Pérez, José Ignacio Escobar, Eastman, S. Restrepo, estudiaban por estudiar, pero cumplían al mismo tiempo la misión que les había asignado la sociedad.

Más tarde vino la generación que hizo de los estudios un medio, es decir, un instrumento para obtener éxito en la vida. Sin duda esa generación logró sus propósitos, pero ocurría a menudo que un ingeniero decía ignorar la ecuación de la elipsis, porque jamás había tenido que hacer uso de esa fórmula en la construcción de puentes y calzadas. Un electricista se sorprendía al oír decir que la regla de cálculo era una tabla de logaritmos. Médicos había que no hacían diferencia entre el espárrago y las plantas de la arracacha, pero muchos de ellos obtenían éxito en la vida, aunque la ciencia no progresara.

Ahora, el objeto de la universidad, desde la edad media hasta nosotros, es el de hacer progresar las ciencias, y en ese empeño deben actuar con igual voluntad perentoria el profesor y el estudiante. Talvez haya profesores para nuestra universidad; no me atrevo a negarlo. Cuanto a los estudiantes, estoy casi seguro de que se deba empezar por crearlos o escogerlos de entre una juventud numerosa, inteligente y capaz de todas las disciplinas, que conoce ya las aulas y se ha distinguido en ellas.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ¢ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

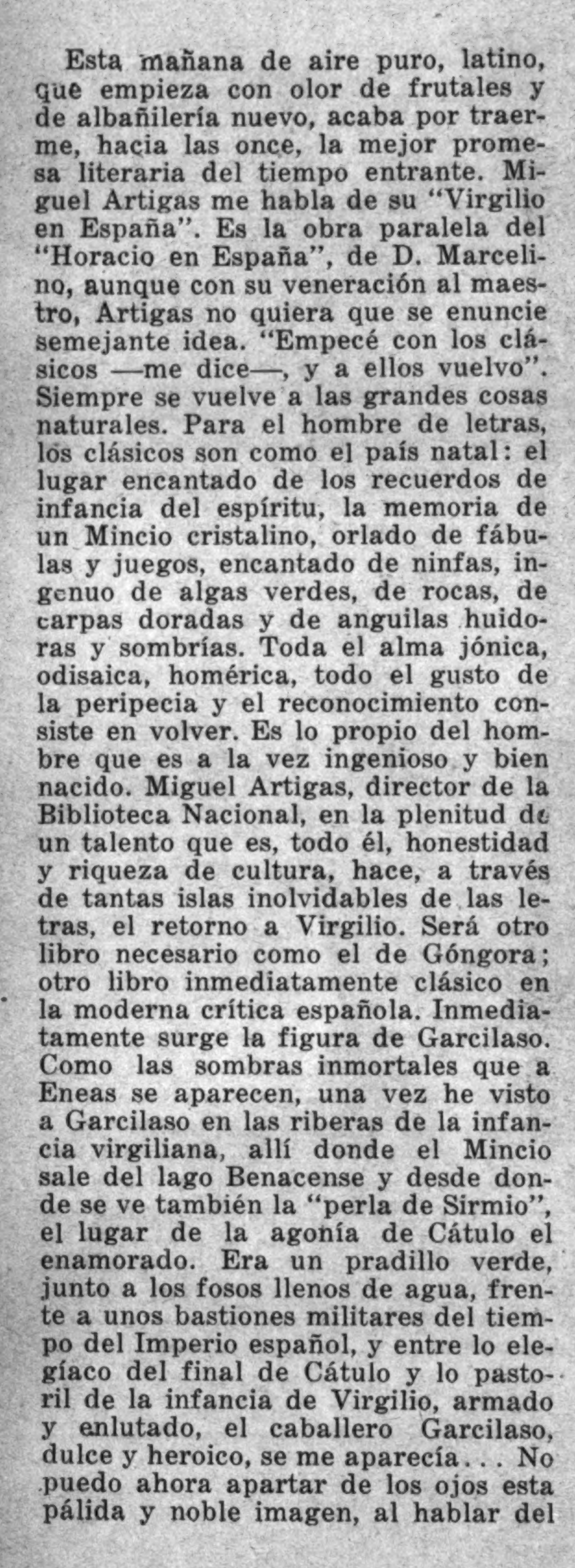
El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.-JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Virgilio en España

Por J. DE IZARO

= De *El Sol*. Madrid, setiembre de 1932 =



Esta mañana de aire puro, latino, que empieza con olor de frutales y de albañilería nuevo, acaba por traerme, hacia las once, la mejor promesa literaria del tiempo entrante. Miguel Artigas me habla de su "Virgilio en España". Es la obra paralela del "Horacio en España", de D. Marcelino, aunque con su veneración al maestro, Artigas no quiera que se enuncie semejante idea. "Empecé con los clásicos —me dice—, y a ellos vuelvo". Siempre se vuelve a las grandes cosas naturales. Para el hombre de letras, los clásicos son como el país natal: el lugar encantado de los recuerdos de infancia del espíritu, la memoria de un Mincio cristalino, orlado de fábulas y juegos, encantado de ninfas, ingenuo de algas verdes, de rocas, de carpas doradas y de anguilas huidoras y sombrías. Toda el alma jónica, odisaica, homérica, todo el gusto de la peripecia y el reconocimiento consiste en volver. Es lo propio del hombre que es a la vez ingenioso y bien nacido. Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional, en la plenitud de un talento que es, todo él, honestidad y riqueza de cultura, hace, a través de tantas islas inolvidables de las letras, el retorno a Virgilio. Será otro libro necesario como el de Góngora; otro libro inmediatamente clásico en la moderna crítica española. Inmediatamente surge la figura de Garcilaso. Como las sombras inmortales que a Eneas se aparecen, una vez he visto a Garcilaso en las riberas de la infancia virgiliana, allí donde el Mincio sale del lago Benacense y desde donde se ve también la "perla de Sirmio", el lugar de la agonía de Cátulo el enamorado. Era un pradillo verde, junto a los fosos llenos de agua, frente a unos bastiones militares del tiempo del Imperio español, y entre lo elegíaco del final de Cátulo y lo pastoril de la infancia de Virgilio, armado y enlutado, el caballero Garcilaso, dulce y heroico, se me aparecía... No puedo ahora apartar de los ojos esta pálida y noble imagen, al hablar del libro de Artigas. Virgilio en España es, sobre todo, Garcilaso como modelo y Garcilaso como símbolo: una interpretación virgiliana de la historia de España, una interpretación de la historia que cifra su ideal en el equilibrio de la pastoral y de la epopeya. No es un rasgo indeferente el que las tres figuras más altas de poético espíritu en el apogeo de la que fué Hispania Romana, sean Garcilaso, Camoens, Cervantes, tres héroes de la gran epopeya ibera, que son los tres mejores enamorados de la pastoral hispana. Cuando dejan de pelear Garcilaso, Camoens, Cervantes, escriben sino pastorales. Y si Camoens y Cervantes hubiesen muerto a la edad de Garcilaso, de ellos nos hubiesen que dado laureles de guerra teñidos en sangre y primores de bucólicas cosas: "La Galatea", "Las églogas". Así los contrarios en toda su neta oposición se suceden en los grandes espíritus, "que viven sin vivir en sí" su patria y su tiempo, porque esta sucesión de contrarios —épica y pastoral, guerra y paz, armamento y desarme, actividad y contemplación— no es sino el alma de la historia. Pero a este punto dedicaremos en breve más extensas consideraciones. El mismo Don Quijote no sería lógico— porque es propio del loco el agotar la lógica de su razonante locura— si no quisiera hacerse pastor. Es un rasgo necesario, de toda necesidad, en el Quijote. La grandeza de Virgilio, su gran creación humana y poética del Imperio es este equilibrio entre la pastoral y la epopeya, jamás visto, jamás soñado, hasta que empiezan a sonar junto al "arma virmuque cano" el "ille ego qui quondam gracilis modulatus avena". Escudo de la Reina Isabel: "el jugo, las "Geórgicas", la pastoral, el haz de flechas, la Eneida, la epopeya y la sed de aventura". Como tantas veces, desde hace años hemos repetido. Este es, en realidad, Virgilio en España. Este es Garcilaso y éste es Cervantes. Este es el genio de España si se le quiere dar tal nombre.

No habrá caso de imitación y originalidad parecido a Garcilaso respecto a Virgilio. Si se da una edición de Garcilaso en que todas sus concordancias, semejanzas e identidades con Virgilio vengan puestas de manifiesto, parecerá cosa abrumadora. Habrá églogas en las que desde este punto de vista crítico a Garcilaso quede bien poco al parecer. Habrá trozos como él de "el pino de Alcides" en que cuatro versos traducidos de las bucólicas latinas se conviertan en ocho, con ligeras variantes, de la égloga castellana. Pero, ¡qué profundas diferencias con tantas simpatías y semejanzas! Toda esta crítica garcilasiana, todo este análisis escrupuloso está por hacer. Un buen ensayo, como será el de Artigas, nos revelará a "Virgilio en España", al Virgilio de Garcilaso, y servirá de fundamento a ulteriores estudios. Claro está que en Garcilaso pudo mucho también el "Virgilio en Nápoles", el Virgilio de Sanazzaro, que con el de España, ya venía predispuesto a formar un todo literario. Sanazzaro, originariamente Salazar, de claro origen español y vascongado, con caracteres españoles de raza y estilo, criado en la corte aragonesa de Alfonso V y ciudadano de un país incluído en los dominios de España, estaba en condiciones privilegiadas, a pesar del antiespañolismo ocasional del final de sus días, para influír poderosamente en el pensamiento literario español. El libro de Miguel Artigas va a consistir en un amplio ensayo o discurso sobre Virgilio en España con un apéndice de abundante, dice él y nosotros decimos, de completa bibliografía.

IMP. "LA TRIBUNA"